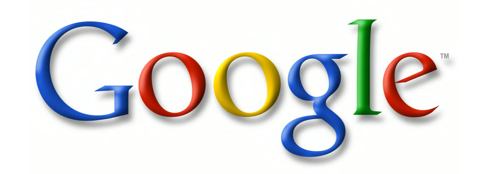
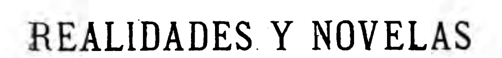



HARVARDIANA · ACADEMIA · IN · NOV · ANG ·
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS






REALIDADES Y NOVELAS

EMILIO RANCÉS

Realidades y novelas

PRÓLOGO DE

JACINTO OCTAVIO PICÓN



MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2

1900

REALIDADES Y NOVELAS

EMILIO RANCÉS

Realidades y novelas

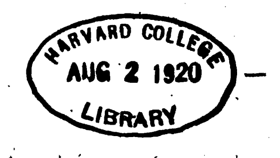
PRÓLOGO DE

JACINTO CCTAVIO PICÓN



MADRID
BRERÍA DÉ FERNANDO FÉ
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2

1900





Querido Emilio: Dos cosas, entre otras muchas, me persuaden de que comienzo á envejecer: la primera, que el sereno de mi calle me llama hace ya tiempo, no señorito, como antes, sino Don Jacinto; la segunda, que el hijo de un amigo de la infancia, y ese hijo eres tú, me pide que le escriba un prólogo. No me equivoco: el *Don* con que me saluda el sereno podía ser no más expresión del respeto que quien da propina inspira al que la recibe; pero esto de que tú hayas hecho un libro es señal de que dentro de algunos años cesaré yo de escribirlos.

Te confieso que cuando me anun-

ciaste tu deseo, muchas razones me impulsaron á contestarte que aceptaba con placer el encargo. Profeso á tu padre cariño fraternal, te he visto crecer, he leído tus primeros articulejos, en fin, nadie tiene más derecho que yo á ponerte los andadores literarios. Y, sin embargo, con este gusto que experimento al complacerte se mezcla un sentimiento de grande y justificada amargura, porque en el mero hecho de escribir yo un prólogo para un libro tuyo, veo la prueba brutal y abrumadora de la marcha del tiempo.

Es vulgar, vulgarísima, y por tanto en cierto modo cursi, la observación de que los años vuelan, de que los niños se convierten en hombres sin que uno se entere; pero es una observación que nos conmueve, á pesar de su vulgaridad, con mayor fuerza que las frases más profundas de los filósofos más c

lebres. Esto de que tú hayas hecho un libro, me pone los pelos de punta. Nunca como ahora he comprendido con cuánta razón decía un poeta francés que no se explicaba cómo los días que son tan largos componen los años que son tan cortos.

Tal vez te enoje la inoportuna tristeza con que oscurezco las primeras páginas de tus cuentos, impregnados de poesía y de frescura; pero estoy seguro de que si lees estas cuartillas á tu padre, intercederá para que me perdones, por que él también sentirá el alma invadida de esa melancolía soñadora que traen consigo los recuerdos.

¿Y quieres que con la cabeza llena de tales pensamientos escriba el prólogo? No, no me obligues á que reflejándose ahora en mi trabajo la negrura de ideas que has despertado, parezca yo, querer serlo, escritor lacrimoso y

elegiaco de esos que ven la vida al través de gafas con cristales ahumados. Deja que pase esta impresión; tú compondrás otras obras, yo pensaré con más serenidad en la llegada de la Inevitable, y entonces podré cumplir ese deber que tienen la vejez y la experiencia de allanar el camino á la juventud y la esperanza.

Además, nada pierdes con que este libro no lleve prólogo, por la sencilla razón de que no lo necesita, y vas á convencerte de ello.

De dos maneras podría hacerse: una, entreteniendo al lector con el estudio de lo que es el cuento, su historia y la explicación de la importancia que tiene en la literatura contemporánea; otra, diciendo lisa y llanamente al público: «Aquí te presento un escritor con tales y tales facultades que le dan derecho á tu benevolencia». Lo primero, por muy

rápidamente que se hiciese, resultaría largo y el lector llegaría cansado á tus páginas: lo segundo, es inútil, pues quien te lea apreciará en seguida aquellas dotes, si realmente las tienes, aunque yo no se las indique; y si careces de ellas, y yo aseguro haberlas descubierto, se reirá de nosotros: de ti, por haberme pedido el prólogo, de mí por haberlo escrito.

Poco trabajo me costaría hablar de tus cuentos... si no fueran tuyos. Primero, con ayuda de media docena de libros bien escogidos demostraría que procedían en línea recta de los mejores que se han escrito en lengua castellana, y luego diría al público: «Fíjate en el alto sentido moral, en el amor al bien y la justicia que hán inspirado estas narraciones, en la novedad de algunos de sus asuntos y el agudo ingenio que revelan, en la sagacidad y perspicacia con

que á pesar de los pocos años del observador, está vista la vida moderna; en la facilidad conque pasa del cuento á la antigua, candoroso, sencillo, de aquellos que se refieren en las aldeas al amor de la lumbre, al cuento de costumbres madrileñas, aristocráticas y plebeyas, inspirado por las gentes y las cosas que nos rodean; y, sobre todo, sea cual fuere la índole de lo narrado, repara—añadiría—con qué sobriedad están pintadas las situaciones y expresados los afectos del ánimo, y cómo sin rebuscamiento, naturalmente, han venido las palabras á servir de intérpretes á ideas siempre honradas y propósitos siempre honrados y nobles.» Todo esto y mucho más podría decir sin que nadie me desmintiera. Y procurando luego que no se me acusase de callar defectos y errores en que, por inexperiencia incurres, diría también que al-



gunos argumentos, aunque bien concebidos, están imperfectamente desarrollados, porque después de escogido y sentido el asunto con buen gusto y delicadeza, te han faltado madurez de juicio, calma y picardía para planearlo y hasta paciencia para escribirlo dándole la extensión que merecía. No temas que estos cuentos parezcan largos, lánguidos ni pesados: sabes narrar rápida, clara y sobriamente sin pararte á describir con enojosa minuciosidad lo que...

Pero esto va tomando color de prólogo.

. . . .

Echa pronto el libro á la calle. Tu primer libro. ¡Dichoso tú! ¡Con qué impaciencia irás á la imprenta para recoger los primeros ejemplares! Luego pasarás por delante de las librerías para verlos en los escaparates. Lo mismo e yo. Andando el tiempo acaso el

hijo de un amigo tuyo te diga que le escribas un prólogo. Te pido que entonces consagres un recuerdo á tu afectísimo

JACINTO OCTAVIO PICÓN.



LOS DESCONTENTOS



LOS DESCONTENTOS

I.

(Sala bien amueblada que se ocupan en arreglar la señorita Ursula, joven, guapa y elegante, y María, modistilla de 17 años, hija de la portera de la casa.)

María.—Dice usted que han desembarcado hace tres días; entonces dentro de dos los tendremos aquí.

Estará usted muy contenta, señorita.

Ursula.—Figúrate si lo estaré, como que á los quince días de casados le tocó en el sorteo ir á la maldita guerra de Cuba y no he vuelto á verle desde hace dos años.

María.—Entonces no conocerá á Manolito.

Ursula.—Claro que no; sabe que le he [illegible] su nombre, y le envié el retrato, [illegible] no le ha visto nunca.

¡Qué contento se va á poner cuando le vea! porque es muy hermoso, ¿verdad que es muy hermoso?

MARÍA.—No tenía motivos para ser feo.

URSULA.—Calla aduladora, cómo se conoce que vienes á ver si te doy noticias de Pedro.

MARÍA (*poniéndose muy colorada.*)—Yo, la verdad... como estaba en la compañía del señorito y fué su asistente y le quería tanto, dije, puede que la señorita Ursula sepa algo y vine á ver si...

URSULA.—Pues hija no sé una palabra. En otras cartas sí me hablaba de él Manuel y me dijo que se había portado bien, pero no me ha vuelto á escribir nada.

MARÍA.—Válgame Dios, señorita, ¡si le habrá sucedido alguna desgracia!

URSULA.—No te aflijas, mujer, que no es la cosa para tanto.

MARÍA.—¡Ay, señorita, sí que sería para afligirse!

Figúrese que éramos novios y que me escribía unas cartas que decía mi madre, cada vez que llegaba alguna, ese es un

hombre de mucho corazón y que te quiere de veras.

Ursula.—No te fíes, relaciones de dos días, cartas escritas por decir algo.

María.—¡Qué de dos días, si nos conocemos desde muy chiquitos!

El trabajaba de aprendiz en la carpintería donde estaba mi padre de oficial, y todas las chicas del barrio me hacían rabiar diciéndome que éramos novios.

Luego se hizo la cosa formal y cuando volvió del servicio quería que nos casásemos, pero llamaron á las reservas y se tuvo que ir á la guerra.

¡Cuánto habrá pasado!

¡Gracias á que el señorito Manuel le tuvo de asistente hasta que fué al Hospital!

¿Qué tendría?

Ursula.—Nada ya, sabes que escribió que estaba bien, y que Manuel, cuando ascendió á capitán le llevó á su compañía.

(Se oye sonar el timbre y á los pocos segundos entra un criado con un telegrama que entrega á Ursula.)

Ursula *(después de leer)*.—¡Que llega á doce en el expréss de Barcelona!

Román *(al criado)*, dila á Marieta que arregle pronto al niño, y tú busca un coche en seguida y dispónte á venir á la estación, que llega el señorito.

MARÍA *(aparte)*.—¿Y llegará con él Pedro?

URSULA *(dirigiéndose á María)*.—Tú, María, ve corriendo y dile á Rosa, que me traiga un sombrero, un abrigo y unos guantes, pero deprisa.

MARÍA.—Voy, voy.

(Aparte).—¡Qué contenta está! ¡pobrecilla! Es natural.

II.

Manuel sentado en un sofá con el niño sobre las rodillas y Ursula sentada á un lado.

URSULA.—¿De veras te acordabas tanto de mí?

MANUEL.—Constantemente, y ni un solo día dejé de echarte de menos, y cuando supe el nacimiento de este ángel *(señalando al niño y dándole un beso)*, no cabía en mí de gozo al pensar que si me mataban te quedaba un gran consuelo con este angelito.

URSULA.—Calla, calla, que si hubiese

ocurrido eso no había para mí ningún consuelo...

(Con tono cariñoso).—Ya lo sabes tú.

MANUEL.—Ya lo sé, y llevo con paciencia mi mala suerte, porque sé que tu cariño es invariable aunque no puedo darte lo que tú mereces y yo desearía tener.

URSULA.—Pero si yo no deseo nada.

MANUEL.—Porque eres un ángel, pero yo querría para ti, algo más que esta casa modesta, mayor número de criados, que te vistieses mejor, un carruaje para que fueras á paseo y un abono para llevarte á la Opera.

URSULA.—No pienses en eso, Manuel.

Esta casa me resulta á mí tan buena como un palacio y además la tengo cariño, porque hemos pasado en ella muchas horas dichosas.

Me conviene ir á pie para hacer ejercicio y además como tengo que cuidar á Manolito no me queda tiempo para pasear, y en cuanto á lo del abono te confieso que me alegro de no tenerlo, porque en el teatro lrías muchas mujeres á quien mirar y asa me tienes á mí sola.

MANUEL.—Que vales más que todas las otras juntas, porque me haces el más dichoso de los hombres.

Con todo, si yo ganase el pleito y viniera á nuestras manos la herencia del tío Juan.

URSULA.—No pienses en eso, que no me gusta verte preocupado.

¡Si yo pudiese verte sin ambiciones!

MANUEL.—¡Si yo lograra verte rica!

III.

(Un comedor bien amueblado.

Están de sobremesa, Ursula, Manuel, Ramiro, primo de éste, con Luísa, su mujer, y un capitán, Mendoza, también recién llegado de Cuba.)

RAMIRO.—¿De modo que te hicieron una indecencia?

MANUEL.—Grandísima, como que yo ascendí á capitán á los dos meses de llegar para ser ayudante del tío Carlos que mandaba una brigada, y después de este ascenso por méritos de guerra, tuvimos un en-

cuentro en Santa Clara, por defender un convoy, y á pesar de que el tío Carlos me propuso para un ascénso, me quedé de capitán y no pesqué ni una de esas cruces de María Cristina que dan á todo el mundo.

RAMIRO.—¡Qué abuso!

MENDOZA.—Y luego estuvo precisamente conmigo en otros dos combates y tampoco nos dieron nada.

LUISA.—¡Pobre Manuel, estarás lleno de heridas!

MANUEL.—No, mujer, sólo tengo un arañazo en el brazo izquierdo.

LUISA.—¡Como estuviste en tanto combate!

URSULA *(con viveza)*.—Sí, pero tuvo mucho valor y mucha suerte y no le hicieron nada.

MANUEL.—Calla, Ursula, y no hables de mi suerte.

RAMIRO.—De esa no puedes quejarte, acabas de ganar el pleito de la herencia de tu tío Juan.

MANUEL.—Sí, con costas, después de dos ..s y medio de pleito y teniendo la obli- ..ión de pagar los legados.

MENDOZA.—¿Pero cuánto te quedará libre?

MANUEL.—Casi nada, unos cuarenta mil duros.

RAMIRO.—¡Cuarenta mil duros, y tenía el tío Juan cerca de tres millones!

Eso se llama desgracia.

URSULA.—Ramiro, no llames desgracia á eso.

MANUEL *(con dureza)*.—No insistas, mujer, ya ves que no son rarezas mías; todo el mundo lo dice.

(Se oyen grandes chillidos. Ursula sale para enterarse de lo que pasa, y poco tiempo después vuelve á entrar llorando.)

TODOS.—¿Qué pasa?

URSULA *(enjugándose una lágrima)*.—Un accidente que la ha dado á María, la hija de la portera.

MENDOZA.—¡Una portera sensible!

URSULA.—¡Pobrecilla! Razón tiene para afligirse, porque esperaba á su novio para casarse, y ha vuelto de la guerra casi moribundo.

MANUEL. — ¡Exagerados! Figuraos q su novio era asistente mío, que le pegar

un balazo en la pierna izquierda, después pasó el vómito en el hospital, y eso fué todo.

Luego le llevé yo á mi compañía, y ya debe haber llegado.

URSULA.—Sí, ha llegado, pero tan tísico, que los médicos le han prohibido que se case y dé á su patria generación raquítica, y la pobre María que le ha visto tan desencajado y tan amarillo, y ha oído que no puede casarse á pesar de ser tan bueno y de quererla tanto, se echó á llorar, y luego él, que se quejaba de su suerte...

Te digo que era una escena desgarradora.

LUISA.—¡Pobrecillos!

MANUEL.—¡Qué pobrecilos! El no era más que un carpintero, todos le felicitamos por su compartamiento, y tiene una cruz pensionada y la protección de los que fueron sus jefes.

URSULA.—Pero no puede casarse con María, y tiene que renunciar á la ilusión de su vida.

MANUEL.—En cambio, tiene una cruz con seis reales diarios, y quizás le den una portería.

No puedo con las sensiblerías de la gente ordinaria. ¡Siempre han de estar descontentos!

Todos asintieron al parecer de Manuel; Ursula, que al principio le contradijo débilmente, acabó por callarse y siguió la conversación lamentando Mendoza no haber obtenido en dos años de campaña más que un ascenso y una cruz pensionada, y quejándose Manuel de lo mismo y de no haber cobrado más que cuarenta mil duros de la rica herencia de su tío Juan.



DESPUÉS DE MUERTOS



DESPUÉS DE MUERTOS

I.

Aquel día fué para las comadres de la calle de la Charla, de los más entretenidos del año, porque tuvieron en la misma mañana, con un intervalo de poco tiempo, dos entierros, y sabido es que los actos fúnebres se prestan mucho para manejar la tijera y murmurar del muerto y de los vivos.

El primero que enterraron, fué Juan, el tabernero, que había muerto según los médicos, de un ataque al cerebro, y según las comadres del barrio, de un berrinche que tomó por la conducta de su esposa Toma- que no se llevaba bien con los hijos que n tenía de su primer matrimonio, y an-

daban todos siempre como perros y gatos.

El segundo entierro, fué más lujoso; como que el muerto era nada menos que el Excmo. Sr. Marqués de la Retorta, grande de España, senador vitalicio y otra porción de cosas cuya enumeración terminada con una serie de etcéteras, llenaba seis renglones de las grandes esquelas, que aparecieron en todos los periódicos de Madrid.

Salió el entierro del tabernero á las nueve de la mañana, colocaron su cuerpo en un coche fúnebre de los más modestos, y sólo seguían al cadáver á pie, al lado de la fúnebre carroza unos cuantos artesanos, que fueron en vida verdaderos amigos suyos, que iban diciendo entre sí: ¡Pobre hombre; qué mujer le tocó en suerte y qué hijos, no se podían ver, y con sus rencillas le han matado á él á disgustos.

El entierro del Marqués no fué hasta mediada la tarde, pero desde por la mañana tuvieron ocasión de curiosear las vecinas de la calle de la Charla, porque primero vieron entrar muchas coronas, y después algunas lograron por amistad con los cria-

dos ver la capilla ardiente, en la que velaban el cadáver dos hermanitas de los pobres y cuatro alabarderos, honor que como grande de España correspondía al finado.

Aquello era un paraíso—decía la señora Bastiana, una de las oradoras más notables del barrio—¡qué telas de lujo! pues y cuando empezaron las misas que no hacían más que entrar señoronas con vestidos de los buenos y mantillas de encaje, ¡vamos, había que verlo!

Pero cuando tuvo que ver la cosa para la señora Bastiana y para todo el barrio, fué á la hora del entierro, en que todo el palacio de los marqueses de la Retorta parecía revuelto, lleno por completo desde el portal á la cámara ardiente, de muchos señorones vestidos de negro, que sin ocuparse del muerto hablaban de los asuntos del día, mientras en un salón retirado la viuda y las hijas recibían los consuelos de un sin número de amigas y parientas.

Por fin llegó la hora, el clero entonó sus fúnebres cantos, subieron el féretro á un soberbio coche-estufa tirado por ocho caballos, se puso el duelo en marcha, á pie,

presidido por el representante de S. M., un obispo, y el yerno del finado, y terminaba la comitiva con un carruaje del Senado y otros muchos, que estuvieron cerca de una hora pasando por la calle de la Charla.

Los periódicos elogiaron al muerto, y todas las vecinas de la calle decían: ¡Pobres señores, qué bien le han cuidado y cómo se conoce que le querían!

II.

Enterraron á Juan en un nicho muy estrecho, y como el hombre se hallaba allí mal, salía algunas noches á pasear por el camposanto, aprovechándose de la sutileza que le permitía salir de la caja y del nicho, sin abrirlos ni romperlos.

Una de estas noches se encontró con el Marqués de la Retorta que también había salido de su magnífico panteón para esparcirse un poco, y al ver á su antiguo vecino le dijo:

—Hola, Juan, tú por estas tierras ¿y desde cuándo?



—Desde hace quince días, señor marqués.

—Hombre, qué casualidad, lo mismo que yo; ¿y qué tal te va por aquí?

—Muy bien, señor, porque aquí no oigo regañar á mi mujer y á mis hijos, y como no hablo con nadie, nadie se mete conmigo, y lo paso que es una bendición de Dios.

—Pues yo estoy desesperado, porque aunque me han metido en un panteón magnífico, me aburro muchísimo y luego que echo de menos á mi familia. ¡Cómo estarán los pobres que tanto me querían!

Así continuó la plática entre el grande de España y el tabernero, y tanto se acordaron en ella del mundo, que convinieron en aprovechar la agilidad de espíritus y trasladarse á sus casas para ver lo que en ellas pasaba.

El Marqués, iniciador de la idea, emprendió muy contento el viaje, y Juan, que le siguió por condescendencia, pensaba interiormente: ¡Cuántas cosas voy á ver i casa! ¡Hasta después de muerto, me á dar disgustos!

III.

En la casa del Marqués, estaban de visita algunas personas de la intimidad de la familia, que les acompañaban en los días de duelo.

La viuda jugaba al tresillo con una condesa muy elegante, un director general que *casualmente* iba siempre á los mismos sitios que la condesa, y un elegante, ya algo *fané*, que á través de los cristales de los lentes, lanzaba á la marquesa viuda de la Retorta, miradas incendiarias.

La marquesa se levantó un momento porque se sentía mala, y el elegante *fané* la siguió diciendo:

—No seas tonta, Clara, que están ahí tus hijos y nos ponemos en berlina.

La marquesa le contestó, y se entabló entre ellos un diálogo, harto íntimo para el marqués, que no queriendo oirlo se volvió al otro lado del salón para ver á sus hijos, y al pasar oyó á la condesa que preguntaba al director general, su asiduo acompañante:

—¿Pero èste viene ahora á pescar los millones de Retorta?

—Algo hay de eso—la contestó el director;—pero la cosa es ya antigua.

El Marqués dió un respingo, y sintió que su estado de espíritu no le permitiese pegar á nadie.

La hija casada del Marqués, discutía con su marido sobre el tiempo del luto, y éste procuraba convencerla de que bastaba atenerse á lo dispuesto en la Pragmática de Carlos III, y mientras debía ir á algún sitio de confianza.

Ella resistió algo pero por fin cedió, y el marqués salió de allí bufando, para ir á ver á su hija soltera.

La señorita pequeña de la Retorta, estaba en un rincón del salón hablando con el novio, al lado de una mesa en que la hija de la condesa tresillista jugaba al *bezigue* con un pollo *comm'il faut*.

—Mira—decía á su novio—esto tiene que andar de prisa, porque ahora cojo mi fortuna y podemos casarnos en seguida.

El novio la miró amorosamente, y constó con ingenuidad: mira que bien.

El espíritu del Marqués, renegando de las mujeres, se dirigió á un magnífico *fumoir*, donde su hijo primogénito trataba asuntos interesantes con el cura de la parroquia, capellán mundano, adulador constante de todos los ricos, y con García Suarez, diputado elocuentísimo y abogado del nuevo Marqués de la Retorta.

Pero ¡oh dolor! aquí sufrió el muerto un nuevo desengaño, porque su hijo primogénito sólo hablaba de los medios de perjudicar á la marquesa viuda, mujer caprichosa y verdaderamente inaguantable, el abogado fingía interesarse en los asuntos, porque se prometía sacar buen resultado de las particiones, y en cuanto al cura de la parroquia se limitaba á recomendar la paz y á encarecer la necesidad de celebrar suntuosos funerales por el alma del difunto, porque era necesario á los ricos dar públicas muestras de piedad en estas épocas de descreimiento.

Salió el Marqués furioso del palacio, oyendo al pasar á los criados del estrado que proyectaban divertirse en grande con el dinero que les habían dado para los luto

El pobre Juan temblaba de ir á su casa pensando muy cuerdamente: si este señor á quien querían tanto ha visto estas cosas, buenas las voy á ver yo que no me podían ver.

IV.

Entraron las dos ánimas en la trastienda de la taberna que fué de Juan, y allí se encontraron con un cuadro conmovedor.

Tomasa con los ojos hundidos de tanto llorar cosía muy aprisa un vestido de seda, pues anhelaba entregar su labor para con su producto poder comprar una lápida y colocarla en el nicho donde yacía el cadáver de Juan.

El hijo soltero decía á su madrastra: no se apene por su porvenir que aquí estoy yo; basta que haya sido mujer de mi padre, para que yo olvide lo que haya podido pasar entre nosotros.

El casado competía en generosidad con su hermano y la nuera de Juan proponia ...nsistencia á su marido, vender unos ...ientes que unos señores la habían re-

galado al casarse, para ayuda del importe de la lápida.

Todos sentian pena y todos lo demostraban.

V.

Juan salió encantado de esta visita y sintiendo no haber comprendido en vida lo que su familia valía y en cambio el Marqués deploraba no haber tenido una familia como la de Juan aunque hubiese vivido tabernero.

Volvieron cada uno á su sepulcro y Juan quedó tranquilo para siempre, pero no el Marqués que un día se vió sorprendido con la visita del cadáver de la que en vida fué su esposa y los dos muertos aguardan impacientes el día del juicio para dejar de pelearse.

NOVIOS DE AHORA



NOVIOS DE AHORA

I.

Tocador de Dolly Valseca. Muebles blancos con forros de telas rameadas, infinidad de cachivaches sobre las mesas.

Dolly arreglándose el flequillo frente á un espejo de tres lunas colgado de una escarpia dorada delante del balcón y Flora su doncella con delantal y cofia blancos.

DOLLY.—¿Dónde dices que le encontraste?

FLORA.—Esta mañana en las Cuatro Calles cuando iba á casa de Pagés por los rizos de la señora Condesa y en seguida se acercó á hablarme.

DOLLY.—¿Y qué te dijo?

FLORA.—Me preguntó por la señorita con el interés de siempre y dijo muchas cosas ñosas, porque, claro está, la quiere co-

mo es natural después de dos años de relaciones.

DOLLY.—Te diría también que yo era una ingrata, y que me había portado muy mal con él.

FLORA.—De eso no me dijo nada, y eso que tenía algunos motivos para quejarse.

DOLLY.—No tiene ninguno, porque yo le quiero mucho y él lo sabe bien.

FLORA.—Pero tiene usted relaciones con otro.

DOLLY.—Claro está. Yo preferiría casarme con él, pero como no tiene fortuna y tiene que esperar tantos años á que se muera su tía ó le toque la lotería, no me iba yo á quedar soltera hasta sabe Dios cuándo. En cambio, Alfredo está heredado, es ya Diputado, que siempre hace bien, y se casará en cuanto yo quiera.

FLORA.—Pero usted quiere al otro y él bebe los vientos por usted.

DOLLY.—Sí, mucho, por eso no me habla nunca en ningún lado y me saluda serio.

FLORA.—¿Y qué va á hacer?

DOLLY.—Pues tratarnos como antes, comprender que la sociedad tiene sus exi-

gencias y hablarnos en todas partes para que Alfredo se acostumbre á verle.

Flora.—Pero señorita, si...

Dolly.—Te prohibo que me hables más de él; es un imbécil.

II.

Cuarto de *toilette* de Alfredo Villazote. Cortinas y muebles grises, armarios de roble, varias mesas cubiertas con toallas blancas, y sobre ellas, pipas, tijeras, peines y cepillos.

Alfredo poniéndose la corbata delante de un armario de espejo. Luís Rimini, su íntimo amigo, y Román, ayuda de cámara de Alfredo.

Luís.—Cuando anoche lo conté en la Peña, todos se sorprendieron al principio, pero todos dijeron que hacías una magnífica boda.

Alfredo.—Ya lo creo, por eso me caso. Rica, hija única, de buena familia. Te aseguro que hay pocas como Dolly.

Luís.—Bueno, todo eso está bien, pero no me explico cómo te has decidido á romper con Aurora después del tiempo que lle-

vabas con ella. La verdad es, que no te has portado muy bien.

ALFREDO.—Te equivocas; la he ofrecido una pensión, y me he despedido de ella porque ha querido.

Román (al criado), cuenta al señorito Luís lo que dijo la decantada Aurorita.

ROMÁN.—Recibió llorando la carta del señorito, y me dijo mientras daba muchos besos al niño, por este ángel acepto la pensión, y dígale á Alfredo, que prefiero no verle más.

LUÍS.—¡Qué mujer tan sensible! ¿Y dónde la conociste?

ALFREDO.—En las posesiones que el pobre papá tenía en Galicia.

Es hija de un colono, se arregló conmigo, su padre indignado la maltrató, me la traje á Madrid, la puse casa, y tú sabes que en cuatro años, siempre ha sido ella el principal de mis arreglos.

LUÍS.—¿Y ahora no quiere verte?

ALFREDO.—No: dice que estaba enamorada de mí, que abandonó su casa y su familia por mi amor, y que no me quiere ver siendo casado.



LUÍS.—¡Qué extravagante!

ALFREDO.—Ya ves si voy á creer yo que está enamorada de mí, y quiere terminar sólo porque me caso.

¡Ni que fuera tonto!

III.

Tres meses después.

Magnífico comedor del palacio de la Condesa de Valseca.

En una mesita almuerzan Dolly, vestida con el traje blanco de novia, y Alfredo, con uniforme de maestrante de Zaragoza, y delante de una mesa en forma de herradura, colocada en un extremo del comedor, muchas señoras con trajos vistosos y mantillas blancas, y algunas con sombrero, y caballeros vestidos de levita.

La Condesa de Valseca, con mantilla negra y traje de terciopelo, el Padre Suarez, que lleva sotana con botones morados, Nini, Anduaga y la Marquesa de Torre-Caída.

MARQUESA (*besando á la Valseca*).—Que sea enhorabuena, hija, yo me voy porque tengo que ver á Pepita Ríos que está agonizando, luego tengo que ir á casa de Llano-Triste, que dan un té, y después como 'a Embajada Alemana, pero ya sabes

que siento no quedarme, y que os quiero mucho. Si tengo un rato, iré á la estación luego.

NINI.—Adiós, Padre Suarez, me voy con la tía, porque la tengo que acompañar.

PADRE SUAREZ.—A ver, Nini, si te acuerdas de lo que dije en la plática, y buscas un novio como Dios manda.

NINI.—No tendré la suerte que Dolly, porque Dios se la da á quien la merece, y Dolly es un ángel.

MARQUESA.—Y Alfredo también es buenísimo, y luego los dos ricos y de buena familia. Esto conmueve.

CONDESA.—La verdad es que será un matrimonio modelo, porque están enamoradísimos.

PADRE SUAREZ.—Como están todos los que yo caso.

Las señoras conmovidas besan la mano al Padre, los novios saborean un delicioso salmón, un cronista de salones apunta los nombres de la concurrencia, y las muchachas miran con envidia á la novia.

LA
CONCIENCIA DE MARTINEZ



LA CONCIENCIA DE MARTINEZ

Era Martínez lo que se llama un buen hombre en toda la extensión de la palabra, y además tenía mucho talento y fué periodista notable, figurando como redactor de *El Orden*, órgano en la prensa del partido moderado, en el que militaban algunos hombres verdaderamente opulentos.

Todos los señorones del partido moderado estimaban á Martínez y le felicitaban calurosamente por sus artículos cuando le encontraban en los pasillos ó en el salón de conferencias del Congreso, pero el que entre todos se distinguía por el afecto que á nuestro articulista profesaba, era D. Fausto Gilez, hombre adinerado, con asiento en las Cortes desde la Restauración, y grandes pretensiones, á pesar de las cuales, en

tantos años de vida parlamentaria, sus discursos no habían pasado de decir sí y no.

Martínez muy agradecido á las palabras de D. Fausto que creyó verdaderas, le quería de veras y aprovechó para favorecer á su opulento amigo la primera ocasión que se le presentó.

Una tarde, después de veinte años de preparación parlamentaria, Gilez se decidió á hacer una pregunta al Gobierno, sobre un asunto relacionado con la Instrucción pública, pregunta insignificante que fué contestada en brevísimas frases por el Ministro de Fomento.

Al día siguiente de su bautismo parlamentario se sorprendió agradablemente D. Fausto, leyendo el artículo de fondo de *El Orden*, titulado «Alcance de una pregunta», en el que Martínez deducía del discurso de Gilez, una serie de consecuencias que al orador no se le habían ocurrido nunca, y ensalzaba el valor cívico del que había puesto de manifiesto ante la Cámara una llaga social.

El artículo satisfizo á D. Fausto, que la primera vez que vió á su autor le estrechó

la mano diciéndole con aire protector: muy bien Martínez; y fué combatidísimo por los periódicos ministeriales y ensalzado por los de oposición, quedando de aquella hecha cimentada la fama de D. Fausto, gracias á los dimes y diretes acostumbrados en los asuntos de sensación.

Vinieron al poder los moderados, y Don Fausto, uno de los hombres menos ilustrados que he visto, fué promovido á la Dirección General de Instrucción pública y nombró á Martínez su secretario particular, con lo cual se suplió la falta de meollo del flamante Director, porque el secretario lo entendía de veras y presentó unos proyectos de reformas, que valieron á su supuesto autor los unánimes elogios de amigos y adversarios políticos.

***

Cuando cayeron los moderados, Don Fausto Gilez se retiró á su casa á gozar de sus millones y Martínez se quedó también sin el destino que había mejorado tempo-
nte su situación y volvió á vivir con

los veinte duros que mensualmente le daban en *El Orden*.

Antes de ser secretario de Gilez era Martinez completamente feliz con este escaso sueldo, porque cuando después de recorrer los centros oficiales volvía á su modesta casa y se sentaba á cenar con su mujer en aquella pobre salita, sin más ajuar que una camilla, una cómoda, dos jarrones con flores artificiales y varios retratos de familia, recordaba las suntuosas moradas de los señorones á quienes visitaba para adquirir noticias y no les tenía envidia, porque nunca ansió más felicidad que la paz de su hogar y juzgaba que son los políticos de aquellos de quienes dijo uno de los mayores talentos de la antigüedad, el celebérrimo Obispo de Hipona, que aman el error y buscan la mentira.

Después la situación había cambiado, porque tenía dos niñas escrofulosas, una de las cuales gastaba en medicinas no poca parte de su escaso haber, y Antonia, su adorada mujer, la inseparable compañera de su vida, se había desmejorado mucho y según el médico tenía anemia cerebral.

Un día atacó la difteria á la más sana de las niñas y murió en pocas horas.

Martínez pagó con mil apuros el modesto ataud y el pobre entierro, y continuó su vida ordinaria dejando sola á su mujer en tan tristes momentos para ganar el pan de cada día.

Poco tiempo después, enfermó Antonia, y Martínez que veía concluírsele la dicha y la tranquilidad con la vida de su mujer, la cuidó con esmero, queriendo arrancársela á la muerte, y abandonándolo todo á pesar de los recados que del periódico le enviaban, se dedicó sólo á su mujer, pero inútilmente, porque Antonia se murió, y aquel día recibió Martínez una carta de el director de *El Orden,* diciéndole que como no había asistido al periódico aquellos días á pesar de haberle llamado repetidas veces, se había visto en la triste necesidad de nombrarle sustituto.

El golpe fué terrible, porque no tenía Martínez en su casa dinero bastante para sufragar los últimos gastos que le ocasio-
a la mujer adorada que había perdido
a siempre, y dejando la niña escrofulo-

sa al cuidado de unas vecinas, y los restos de Antonia en una humilde caja, fué á ver al que se decía su amigo del alma, D. Fausto Gilez, para pedirle que le auxiliase en su angustiosa situación.

Estaba D. Fausto cuando entró su antiguo secretario deleitándose en la lectura de una comunicación de la Sociedad Pedagógica de Berlín, nombrándole socio honorario por los notables proyectos de reforma para la Instrucción pública que le había hecho Martínez.

D. Fausto enseñó á éste la comunicación muy alborozado, y cuando el humile periodista que le había dado la posición y la fama, le pidió un modesto auxilio, el antiguo director le contestó: usted ha hecho muy mal en faltar á su deber por sensiblerías de familia, y hace mal ahora en intentar salirse de su esfera y no enterrar de caridad á su mujer, pero con todo, yo soy amigo y quiero protegerle: puede usted contar con veinticinco pesetas.

***

Martínez no tomó los cinco duros que le ofreció D. Fausto, y Antonia fué enterrada de limosna.

Buscó y halló trabajo en los periódicos revolucionarios, y ahora escribe mejor que antes porque se acuerda de D. Fausto y de sus antiguos amigos, y los combate de corazón.

Sus artículos hacen verdadera sensación, y uno de ellos fué causa de un alboroto popular, y estuvo á pique de producir una crisis.

Los moderados estaban indignados contra Martínez, le llamaban todo lo que hay que llamar, y D. Fausto decía: ¡Qué tonto de hombre! Con lo que yo le había protegido! No tiene conciencia y se fué con la canalla, lo siento porque le quiero de veras y hubiese hecho de él un hombre de provecho.

No se sabe quién tuvo la culpa de la pérdida de la conciencia de Martínez; ni si es ahora cuando escribe contra su conciencia, pero se sabe que continúa defendiendo la democracia, ya sólo en el mundo porque se le murió la niña que le quedaba, y que ... austo está indicado para un Ministerio ... side una asociación caritativa.

HISTORIA DE UN RETRATO



HISTORIA DE UN RETRATO

(RECUERDOS DE UN CINCUENTÓN)

Los bufos de Arderíus estaban en todo su apogeo.

El Telémaco, de Eusebio Blasco, había obtenido un éxito inmenso, y todas las noches se llenaban el teatro de gente, y la gaveta del afortuado empresario, de dinero.

Los bastidores eran invadidos todas las noches por hombres de la aristocracia, las letras y la clase media que galanteaban á las tiples y á las *suripantas* (desde *El Telémaco* se llamaron así las señoritas del coro), unos con fines egoístas y otros más inocentes por el gusto de que les viesen allí.

o iba también todas las noches porque

estaba enamoradísimo de Julia, una de las *suripantas* más bonitas del coro, donde las había preciosas, y que era además buenísima y me quería, hasta el punto de haber desechado varias proporciones que podían halagar su ambición y su vanidad por un amor que no podía ser más desinteresado, puesto que yo en aquella época sólo contaba con 6.000 reales de sueldo en el Ministerio de Hacienda y con las liberalidades de un acaudalado tío mío casado y con hijos, tan poco aficionado á prodigarlas, que sólo dos ó tres veces al año, en solemnes festividades de familia, me regalaba una onza de oro, recomendándome repetidas veces que la gastase bien.

Vivía yo contento con mi suerte, arreglando todos los gastos á mi modesto haber y era completamente feliz, porque mi mayor dicha era *verla,* y fuera de las horas de oficina no me separaba de Julia, acompañándola al ensayo por la mañana y repartiendo por la noche el tiempo que duraba la función, entre la primera caja de bastidores cuando ella estaba en escena, el cuarto estrechísimo que ocupaba con otras

dos compañeras, y el pasillo de los artistas donde fumaba cigarritos con el avisador, mientras se cambiaban de traje las señoritas del coro.

Cuando llegó el verano, Julia se quedó sin contrata y empezó á trabajar de modista en su casa, ayudando á su madre Doña Anacleta y á su hermana Clara, que tenían ese oficio.

Entonces sí que no nos separábamos un momento, pues desde que salía de la oficina á las doce del día me pasaba todo el tiempo con mi novia, las tardes en su casa y las noches paseando por el Salón del Prado, excepto los días festivos en que íbamos á un café concierto con gran contentamiento de Doña Anacleta y dolor mío, porque esos gastos me dejaban completamente arruinado, lo cual, aunque parezca exagerado es muy comprensible, para los que saben lo que es la madre de una corista cuando entra en un café.

Vino por entonces á Madrid para gestionar algunos asuntos un tal Roque Pérez, ...imo pintor y sobrino de Doña Anacleta, ... desde su llegada nos acompañó cons-

tantemente por la tarde y en las excursiones nocturnas.

Al principio me disgustaba esta confianza y hasta tuve celos de Roque, pero cuando Julia me dijo confidencialmente que gustaba de Clara, mis dudas se desvanecieron y Roque me fué muy simpático, tanto más cuanto que donde quiera que fuésemos tenía siempre la excelente costumbre de pagar el gasto.

Doña Anacleta me dijo un día que Roque pensaba pintar el retrato de Julia, y aunque yo me opuse objetando que más natural sería que pintase el de Clara, mi futura suegra me respondió que Julia era un artista, que tenía un traje de época antigua, regalo de una primera tiple, y que yo era un celoso ridículo.

Me convencí por fuerza, y Roque empezó á pintar el retrato.

Una mañana en que no fuí á la oficina, se me ocurrió ir á casa de Julia para sorprenderla, pero el sorprendido fuí yo, porque la puerta estaba abierta, entré de improviso y me encontré á Roque y á mi novia en un coloquio de los más íntim



delante del retrato completamente terminado.

Protesté indignado, Julia me contestó más airada aún, echándome en cara lo qué por mí había perdido, la apoyó Roque y Doña Anacleta y Clara que acudieron á los gritos, dieron fin á la cuestión llamándome tipo, celoso, ruín, oficinista tronado y todo lo que hay que llamar.

Contemplé el retrato por última vez, y con aire altanero, y ciego de coraje, salí para siempre de aquella casa donde había pasado tantas horas felices.

II.

Diez años después un amigo mío próximo á casarse me rogó que le acompañara á elegir los muebles para su casa, porque según él, soy persona de gusto refinado.

Como es muy aficionado á antigüedades recorrimos las prenderías y en una de ellas encontramos ¡oh sorpresa! el retrato de Julia pintado por Roque tal como lo había [illegible] diez años antes, sin más diferencia

que haberle pintado en la parte superior del lienzo un escudo, con leones, castillos, barras, flores de lis, campos de gules, cabezas de caballos y todos los blasones que la heráldica posee para fascinación de vanidosos tontos.

Dije á mi acompañante que aquella señora era Julia, y él, que conocía la aventura quiso comprar el cuadro, acaso con intención de regalármelo, pero yo me opuse, y me vengué del retrato que tanto me había hecho sufrir, dejándole relegado al rincón de una prendería.

El prendero al despedirnos dijo amablemente:

«Lo que los señores quieran, pero este retrato dándole color antiguo es de los que tienen mejor salida.

III.

Hace pocos días fuí invitado á un baile por los Duques de Puente-Pizarro, Marqueses de La Carantoña que poseen un palacio de los más suntuosos de Madrid.

El Duque, que en cuestiones de arte es un verdadero «amateur», recorría con unos cuantos amigos, entre los que me contaba yo, los suntuosos salones de su palacio enseñándonos las obras de arte que en ellos abundan y muy complacido de escuchar las alabanzas que todos prodigábamos.

En la galería inmediata á una preciosa *serre* nos detuvimos ante el retrato del primer Marqués de La Carantoña, famoso guerrero que había combatido en Flandes y Portugal á las órdenes de Alejandro Farnesio y el gran Duque de Alba, conquistando gloriosos timbres para sus descendientes y para la patria.

Haciendo *pendant* con el retrato del Marqués encontré el de Julia la suripanta á la que suponía el Duque esposa de su heroico ascendiente Carantoña.

El retrato había tomado color antiguo; sobre el escudo que yo ví en la prendería se ostentaba una corona de Marqués y en la parte inferior del magnífico marco dorado se leía escrito con caracteres negros el siguiente letrero:

«La Muy Ilustre Señora Doña Leonor de

Bambalere y Suárez de Luances, primera Marquesa de la Carantoña, cuarta Condesa de Ortaiz, etc., etc.

Pintado por Juan Pantoja de la Cruz, año 1575.»

Admirado de ver la efigie de Julia confundida con la de una ilustre dama coetánea de Felipe II, y la modesta firma de Roque con la del célebre Pantoja, pregunté al Duque cómo había adquirido aquel retrato.

Procede, me contestó muy ufano, de la casa de los Duques de Francavila y estaba en el palacio de mis antepasados desde que la famosa Duquesa Doña Luisa de Cárdenas, contrajo segundas nupcias con el Marqués de San Martín.

En tiempo de los franceses fué robado y un anticuario que lo encontró en París me lo vendió por 12.000 francos.

Baratísimo, interrumpió un académico de la de Bellas Artes, porque su autenticidad es indudable.

Es indudable, dijeron todos, aduciendo tantas razones para demostrar la legitimidad del cuadro, que alguien llegó hasta e



contrar parecido con la supuesta Marquesa de La Carantoña á una de las hijas del Duque.

Yo reprimí la risa á duras penas y cuando me acuerdo de la efigie de Julia pintada por Roque que siempre venerarán las futuras generaciones de Puente-Pizarro como obra de arte y recuerdo de familia, al lado de damas de abultados tontillos, de guerreros fornidos y de apuestos caballeros con vistosas casacas y rizadas cabelleras, no puedo menos de desconfiar de las antigüedades y de los anticuarios.



LA PROVINCIANA



LA PROVINCIANA

La llegada á Titania de la Condesa viuda de Lombroso, y su hija, produjo gran sensación entre la gente principal de aquel tranquilo pueblo, que conserva todavía las piadosas tradiciones y las costumbres sencillas de otros tiempos.

Son los titanenses en extremo madrugadores, despachan pronto sus asuntos y todos los quehaceres de oficina, y hasta las visitas se hacen antes de la una del día, hora en que la mayor parte de los del pueblo se sientan á la mesa.

Por las tardes buscan los titanenses esparcimiento en las huertas cercanas á la —blación, tan escasas de vegetación como das las llanuras de la parte central de

España, y por las noches se reunen las familias en sus casas, siendo tenidos por calaveras algunos pocos hombres, que pasan las veladas en el democrático Casino de la población, frecuentado á la hora de tomar café, que es generalmente las dos de la tarde, por toda clase de personas, desde el alcalde al último alguacil del Ayuntamiento, y desde el millonario, jefe de partido en la localidad, hasta el barbero que diariamente le afeita.

La Condesa viuda de Lombroso que venía á Titania al caserón de sus mayores, había vivido siempre en la gran sociedad madrileña y europea, y sus costumbres extrañaban á la gente del pueblo en que se había establecido.

Cuando el Conde de Lombroso fué á Titania á pasar breve temporada con su madre, todos los muchachos del pueblo le visitaron, y todos encontraron que tenía grandes rarezas, entre las que descollaban fumar cigarros que no eran de tabaco (cigarrillos turcos), y bañarse á diario hasta en invierno.

La casa de Lombroso sólo era vi

tada por los caciques políticos y los capitulares de la Iglesia Mayor, y también, aunque no frecuentemente, por algunas familias linajudas y ricas.

Entre éstas, la que más asiduamente visitaba á la Condesa, era la viuda de Muñoza con su hija Carmen.

La Condesa de Lombroso, conocedora del aristocrático abolengo de los Muñozas y de la enorme fortuna que Carmen reunía, aconsejó á Javier que la hiciese el amor, pero él replicó que no le divertía civilizar paletas.

Con todo, como el trato engendra el cariño, y la privación de manjares exquisitos hace que se acostumbre á los vulgares el paladar más delicado, Javier fué vencido por el aburrimiento, y sin darse cuenta llegó á encapricharse por Carmen.

Al principio le divertían sus ingenuidades, después creció su interés por verla y hablarla, y no sin haber luchado consigo mismo llegó á *hacerse novio con Carmen* (frase incorrecta muy usada en Titania), y aca- [illegible] por pedirla en matrimonio.

[illegible]e casaron, y Carmen que no había sali-

do nunca de su acomodada y tranquilia casa semiseñorial y semi de labranza, emprendió el viaje de boda y vió cruzar ante sus atónitos ojos, la torre Eiffel y la Columna de Vendôme, los parques ingleses, los accidentados paisajes de San Gotardo, los canales de Venecia y los Museos de Roma.

Javier, hombre de mundo y de talento, la conducía á todas partes, y ella adoraba á su marido, reconociendo en él una superioridad que la tenía subyugada.

Pero cuando Carmen se admiró de veras, y á la admiración sucedió la molestia, y á la molestia la tristeza, fué cuando el joven matrimonio se estableció en Madrid, y empezó á hacer vida de sociedad.

Las elegantes de la corte trataron á Carmen con las consideraciones que la Condesa de Lombroso merecía, pero con una indiferencia glacial que contrastaba con la familiaridad cariñosa que con Javier usaban todas las estrellas del gran mundo.

Como Carmen no disimuló nunca el enojo que las familiaridades y los desvíos de la sociedad la producían, se fué alejando poco á poco de ella, sin que por éste

dejase su marido de ir á todas partes.

Por una mujer tuvo Javier un duelo y le llevaron moribundo á los brazos de Carmen que le asistió con el cariño y la abnegación de una santa y de una mártir.

Murió Javier y Carmen vendió los primorosos muebles de su casa, sus joyas, sus vestidos y sus galas, y con un pequeñuelo en el que había colocado todas sus ilusiones, volvió al caserón de Titania.

No extrañó las costumbres campesinas, por el contrario, encontraba particular gusto en el trato de los capitulares, y hasta en el de los más humildes jornaleros.

Cuando el niño fué mayor la madre de Carmen, la instó repetidas veces para que abandonase Titania y se trasladase á otra parte donde pudiera dar al joven condesito una educación conforme á su clase.

Carmen se negó en absoluto á variar de residencia, y cuando la hicieron observar que de seguir viviendo en Titania, su hijo tendría que casarse con una palurda indigna de su clase, respondió: que se case con quien quiera, pero que no conozca el gran mundo, porque allí se sabe de todo y de

todo se habla, pero no han aprendido todavía el arte de ser felices.

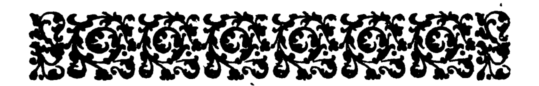
Al decir ésto, resbalaron dos lágrimas por el semblante de la Condesa Carmen, y nadie, ni aun su madre, volvió á hablarla más de abandonar el caserón solariego de sus antepasados.







LOS PERGAMINOS DE HUGO



LOS PERGAMINOS DE HUGO

I.

En un país muy lejano vivía hace ya muchos siglos Hugo de Mar, señor tan poderoso, que sus mesnadas podían competir con las del rey de su país, y sus tesoros le permitían desplegar un fausto no igualado por ningún noble de su época.

Vivía en el Castillo de las Rocas-Altas, situado sobre un monte, en el centro de sus vastísimos dominios, con su hija única Ildegonda, y numerosa corte de caballeros, pajes y esclavos dedicados al servicio de Hugo de Mar, que por su esplendidez era llamado el «magnífico».

Uno de sus pajes llamado Ubaldo, tan celebrado por el poder de su lanza como

por la inspiración de sus trovas, amaba á Ildegonda sin esperanza de ser jamás correspondido, porque el respeto que debía á la sangre de su señora, vedábale manifestar su pasión.

Ildegonda, que había conocido los sentimientos del paje y suspiraba por una ocasión en que aquel pudiera manifestárselos, sufría mucho y se iba desmejorando tanto que su estado de salud llegó á inspirar serias inquietudes á Hugo el magnífico, que con acento cariñoso rogó á su hija que le manifestara la causa de sus tristezas, empeñándola su palabra de que las remediaría á ser posible.

Ildegonda manifestó á su padre que había adivinado la pasión de Ubaldo, que no podía dejar de corresponder á ella, y que se moriría si no la dejaban ser esposa de su adorado paje.

Hugo llamó á Ubaldo á su presencia que emocionadísimo confesó su pasión; y deseando el señor resolver el problema con el mayor acierto posible, reunió á sus soldados más valientes y á sus más nobles caballeros para consultarles si debía consen-

tir en una unión desigual, por salvar la vida de su hija, ó si, por el contrario debía dejarla morir con tal de que su ilustre sangre no se mezclara con la de gente plebeya.

Los nobles opinaron que no se podía por nada ni por nadie consentir ese matrimonio, y que se debía sacrificar la vida de Ildegonda al brillo de su casa nobilísima, y en vista de ésto Hugo de Mar arrojó del Castillo al paje Ubaldo, desterrándole para siempre de sus dominios.

II.

Salió Ubaldo desconsoladísimo del Castillo de Rocas-Altas, sin más capital que su espada ni más consuelo que su laud y distraído con sus pensamientos, estuvo andando todo el día, hasta que le sorprendió la noche delante de una cueva, cuya negra boca, habría inspirado terror á otro ——nos valeroso que nuestro paje; pero él era hombre que se asustase de nada y

pensando guarecerse allí del frío de la noche, requirió su espada y penetró resueltamente por la boca de la cueva.

Una vez dentro se encontró con una vieja raquítica que se calentaba delante de un hogar en el que chisporroteaban numerosos leños.

—¿Quién eres, muchacho—dijo á Ubaldo la vieja,—que vienes á perturbar mi reposo, no interrumpido por nadie hace más de dos siglos y qué quieres de mí?

Ubaldo, atónito, repuso á la vieja que sólo el temor de helarse le había inducido á guarecerse en una cueva que él creía deshabitada, y después refirió su desdichada historia.

La vieja conmovida, le entregó una sortija de hierro y le dijo que con ella puesta se presentara á Hugo de Mar, y que una vez en su presencia la frotase con un trapo y vería lo que sucedía.

Ubaldo dió muchísimas gracias á la hechicera y como alma que lleva el diablo, salió para el Castillo de Rocas-Altas.

III.

Estaba Hugo de Mar sentado en su trono rodeado de muchos de sus súbditos, cuando se presentó ante él el paje Ubaldo y doblando una rodilla en tierra, le pidió con la mayor humildad la mano de Ildegonda.

—Eres un insolente—replicó airado el señor,—y mereces la muerte por haber quebrantado el destierro que te impuse y pretender unirte á mí que soy de ilustre prosapia y tengo inmensas riquezas.

El paje, que se vió perdido, frotó con un paño el anillo de hierro que le había dado la hechicera, y al punto se presentó en el salón un enorme gigante, que dijo con voz estentórea que asustó á todos los circunstantes: «Espíritus superiores, yo os conjuro á hacer un milagro, resuciten los cadáveres enterrados en este Castillo, y al punto únanse los hijos con sus verdaderos padres ... ayan los tesoros á sus legítimos dueños.»

... penas terminó el gigante sus palabras,

cuando se oyó un ruido ensordecedor y á poco se vió un espectáculo prodigioso.

Ildegonda se reunió con un caballero, antiguo rival en lides guerreras de Hugo de Mar, y el caballero la llamaba hija; el apodado magnífico señor, se vió obligado á soportar los paternales abrazos de un antiguo palafrenero de su padre; el señor antecesor de Hugo estrechaba á Ubaldo entre sus brazos, y las monedas atesoradas por el dueño del Castillo de Rocas-Altas, salían de sus arcas é iban á las casas de los labradores de sus dominios, arruinados por contribuciones fuertísimas.

Hugo de Mar gritó á Ubaldo con angustiada voz: Por Dios, cese este suplicio y te concedo la mano de mi hija.

Frotó el paje de nuevo el anillo y los muertos volvieron á sus sepulcros y las cosas á sus antiguos lugares.

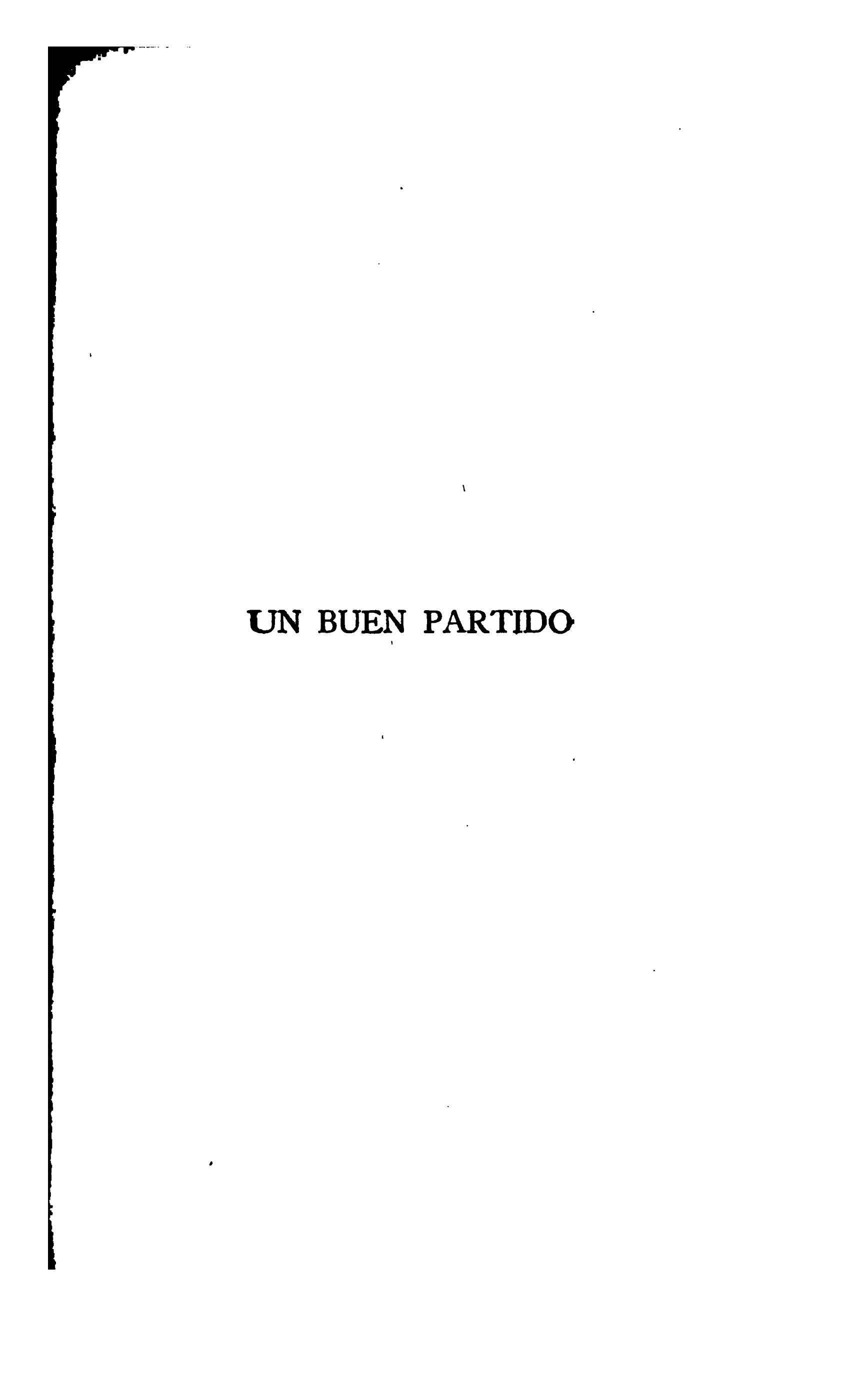
IV.

Se casaron Ubaldo é Ildegonda y vivieron muy felices con Hugo de Mar, á quien

democratizó mucho el prodigio que le había hecho presenciar su yerno.

Afortunadamente para los nobles y potentados de ahora, por más pesquisas que se han hecho, no ha sido posible encontrar la sortija de hierro de Ubaldo. Si pareciese podría dar muchos sustos á los que presumen de aristocracia y de dinero.





UN BUEN PARTIDO



UN BUEN PARTIDO

I.

Pocos jóvenes había en Madrid más unidos que Paco Altora y Luís Diéguez, á quienes llamaban las gentes los dos amigos porque ni en paseos, ni en fiestas, ni en teatros se les veía nunca separados.

Paco Altora era un hombre elegante aunque quizás algo afeminado, de gallarda apostura y grandes aspiraciones en todos los terrenos; y Luis Diéguez, por el contrario, si bien también tenía porte señoril y modales finos, era pequeño de cuerpo, vulgar en su vestir y modestísimo de aspiraciones.

Una tarde los dos amigos tomaban café en casa de Altora con un íntimo suyo lla-

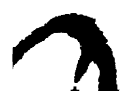
mado Juan Farril, comandante de caballería, egoísta empedernido y á quien no se conocía más culto que el fervientísimo que harto frecuentemente rendía á Baco.

La conversación versaba sobre el matrimonio, y cada uno de los jóvenes exponía sus aspiraciones respecto á la futura media naranja.

—Yo quiero—decía Paco Altora—una mujer que aporte al matrimonio algunos bienes de fortuna, porque, hay que desengañarse, donde no hay harina todo es mohina, y la mayor parte de los disgustos que hay en las familias empiezan por la falta de dinero.

—Pues yo—replicaba Luis Diéguez,—pretendo una mujer sin fortuna, pero de menos aspiraciones, porque al juzgar de lo que conviene para esposa una mujer, debe establecerse la proporción entre su dinero y sus necesidades.

El comandante Farril se limitó á decir que él no buscaba esposa ni pobre ni rica y que el matrimonio no debe buscarse, porque es lo mismo que las enfermedades: que atacan cuando menos se las espera.



Altora y Diéguez combatieron las opiniones de Farril, y cada uno de ellos, firme en su idea, buscó esposa cortada por el patrón que su imaginación había concebido.

II.

Pronto encontró novia Paco Altora, y cuatro meses después de la conversación que hemos referido, llevaba á los altares á la señorita Ursula Villar, que dejó la lujosísima casa de su padre D. Anselmo Villar, banquero acreditadísimo de Madrid, para seguir á su marido.

Hicieron los novios por el extranjero su viaje de boda y todo fueron dichas y bienandanzas en la primera época.

Durante su estancia en París hubo entre el matrimonio ligeras disensiones, porque Ursula no paraba un momento recorriendo talleres de modistas y modistos y Paco Altora, que quería acompañarla á todas partes, se aburría horas y horas en los fiacres donde esperaba á que su mujer dejase de ...barse sombreros y vestidos, en el tiem-

po que él hubiera deseado invertir en ver cosas notables.

A su regreso á Madrid montaron la casa con extraordinario lujo, abonaron un carruaje y como no alcanzaban á sufragar tanto boato los tres mil duros anuales que á Ursula pasaba su padre, empezó Paco á gastar de las cien mil pesetas que, en concepto de dote, le había entregado D. Anselmo; pero nada era bastante, los delicados piés de Ursula no podían soportar las botas y zapatos de los zapateros españoles y tenía que encargar á París todo el calzado, se compraba cada temporada infinidad de adornos, trajes y sombreros y cuando Paco quería poner las cosas en orden y moderar los gastos ya muy exorbitantes, ella le respondía que de lo suyo gastaba y que, á no haberse casado con un tronado, había en sus rentas dinero sobrado para dijes, perifollos y fruslerías.

Fueron en aumento los disgustos, había en la casa diarios altercados, y Altora, cuya autoridad padecía siempre en ellos, era desgraciadísimo.

III.

Luís Diéguez se casó con Teresa Peláez, de modesta esfera, bonita y tan hacendosa que se hacía ella misma todos sus vestidos y confeccionaba, con alambres, moños, lazos y gasas, los cuerpos caprichosos que colocaba en su cabeza, dándoles nombres de sombrero.

Muy modesta era Teresa antes de casarse; pero como tomó por esposo á Luís Diégüez con la esperanza de mejorar de fortuna, tenía á cada instante aspiraciones sencillas, pero que su marido no podía costearlas.

Si había un estreno, allí quería ir Teresa, si función benéfica, no podía faltar, deseaba asistir á todos los espectáculos, y como Diéguez se oponía á esas exigencias, ella lloraba y decía que había perdido su bienestar, recordando las atenciones que de ltera tenían con ella todos sus parientes ısta el sexto grado.

Con estas cosas, Luís estaba de su mujer hasta los pelos, como vulgarmente se dice.

IV.

Una noche en que Paco Altora salia desesperado de su casa, se encontró en la calle con Luís Diéguez, que tampoco llevaba muy buen humor.

—Hola, Luís—le dijo Paco,—celebro verte; á ver si tú, mi antiguo amigo, me consuelas de los disgustos que me da mi mujer.

—No serán muchos—le respondió Luís, —porque tuviste talento, te casaste con una mujer rica y no tendrás los disgustos que yo tengo.

—No me envidies, porque mi mujer es rica, pero tiene un sin fin de necesidades y prefiero la tuya que, aunque sin bienes de fortuna, tiene conformidad.

—¡Sí, sí, conformidad mi mujer! Es también insoportable.

Se contaron sus cuitas, y se convencier los dos amigos de que, después de hab



elegido un tipo ideal y haber buscado la que más se asemejaba á sus ensueños, se habían equivocado los dos.

Cuando terminaban esta plática se encontraron á su antiguo amigo el comandante Farril, que les llamó con voces estentóreas y se acercó á ellos dando unos traspiés que denunciaban la cantidad de mosto que debía tener en su estómago.

Les saludó cordialmente y les llevó á cenar á su casa, donde le aguardaba su mujer una muchacha sencilla y buena que le quería de veras.

Paco y Luís observaron las muestras de cariño que Farril recibía de su mujer y con curiosidad y asombro le preguntaron si era feliz.

—Completamente,—les respondió Juan,—porque mi mujer es buena, me quiere mucho y soporta mis defectos.

—Pero si no es rica, ni tú lo eres ¿cómo te casaste con ella? ¿Qué pensaste? ¿qué te proponías?—le preguntaron sus asombrados amigos.

No me proponía nada, ni pensé en si rica ó era pobre. Me enamoré de ella,

ví que me quería y me casé. Hemos padecido estrecheces, pero han servido para demostrar el cariño, y no pensamos en la cuestión material.

—De manera—dijeron Luís y Paco—que por casualidad has encontrado un buen partido.

—Por casualidad, no—dijo Juan,—porque ya os he dicho que nos queremos mucho.

Se convencieron Diéguez y Altora, lamentando no haber contado con el amor al formar sus proyectos matrimoniales; envidian á Juan y sienten haberse arrepentido tarde.





DOÑA LENTES



DOÑA LENTES

Alta, rubia, desgarbada, con voz chillona y el ceño siempre fruncido, era Doña Mariana, á primera vista, una de las mujeres más antipáticas que he conocido.

Casada con un escultor de escaso mérito, que buscó en su consorte quien le cuidase y corriera con los quehaceres domésticos más que hermosura que reproducir con su cincel, vivían los esposos como perros y gatos; él echando de menos el ideal femenino que, como buen artista, concibió en sueños, y ella renegando de haberse casado con Nicolás, el único pretendiente que en su vida había tenido.

ando yo los conocí atravesaban una ca muy triste de su vida. Nicolás co-

braba mezquinó sueldo en una oficina del Estado, y Doña Mariana acompañaba por calles y paseos á las hijas de la condesa de Vallreal, su favorecedora constante.

Era la condesa una señora de carácter irascible, pero de corazón excelente, que colmaba de mercedes á Doña Mariana y tenía en ella plena confianza.

No otorgaban á nuestra heroína las mismas simpatías las señoritas de Vallreal, las cuales estaban harto enojadas de las intransigencias de su acompañante, que constantemente las reprendía en paseo por los más insignificantes movimientos de cabeza y ponía en conocimiento de la condesa los pecadillos más inocentes de sus hijas.

Si Dolores Vallreal volvía la cabeza y dirigía una mirada furtiva á un teniente de Artillería que por todas partes la perseguía, miraba Doña Mariana á través de sus gafas y endilgaba á Dolores largo discurso sobre la formalidad á que las muchachas estaban obligadas; si el condesito de Valle pasaba dos veces seguidas en el paseo por el lado de Elisa, también tenían galán y doncella mirada indignada y regaño enojoso de la

feroz acompañante, y si Elisa y Dolores marchaban juntas delante para evitar la poco variada monserga de su institutriz, ésta se dirigía á Luisa, la más pequeña de las de Vallreal, y la decía: «Tú si que eres lista; hija, los hombres son muy malos y no conviene tener novio; imítame á mí, que no he tenido nunca más que á Nicolás, y para eso empecé las relaciones después de cumplir los treinta.»

Luisa se sonreía, pero estaba muy lejos de compartir las opiniones de la antipática señora, á la que con cierto gracejo había puesto de apodo Doña Lentes, porque las gafas eran lo que más destacaba en la fisonomía de Doña Mariana.

En un baile fué presentado á Luisa un muchacho, Vicente de Diego, distinto de todos los que hacían el amor á sus hermanas.

Vicente pertenecía á la brillante juventud intelectual que hace sus armas en el Ateneo, la Universidad, el Foro y la Prensa, y había conseguido una reputación de inteligencia y apreciable renombre literario.

omo hombre inteligente y de corazón,

tenía mucha base para sentir el amor, y se enamoró de Luisa con locura, y al corresponderle ella, se compenetraron sus almas, sus ideas y sus aspiraciones de tal modo, que no eran bastantes á combatir su cariño ni las frases duras que la condesa de Vallreal dirigía á su hija ni los continuos regaños de Doña Lentes.

Opusieron á Luisa obstáculos serios y el capellán la reveló que Vicente era inclusero.

Luisa no se desilusionó por eso; pero comprendiendo que la oposición de su madre sería desde entonces mucho más violenta que antes, rompió sus relaciones con Vicente, llorando ella y recibiendo él una de esas heridas que laceran con fuerza un corazón.

Cuando Doña Lentes supo que Vicente era inclusero y oyó las palabras con que por eso le injuriaban, se sintió conmovida y afrentada, porque recordó que una hermana suya, el único sér á quien había querido en el mundo, murió al dar á luz un hijo, fruto de unos amores desgraciados, que ... misma, Doña Mariana, le había dejado

el torno de la Inclusa para que no fuese, á los ojos de la sociedad, una prueba de la deshonra de la familia.

La condesa de Vallreal, que tenía, como antes dije, plena confianza en Doña Lentes, la manifestó el gozo con que había visto la ruptura de las relaciones de su hija, y á renglón seguido se desató en injurias contra Vicente.

—Es imposible—decía la condesa—que tenga buenos sentimientos el que ha nacido así, de una cualquiera y sin padre conocido.

Doña Lentes se sintió agraviada con las frases de la condesa, que tan directamente injuriaban á su hermana del alma, y se dirigió al cuarto de Luisa, que, toda llorosa, se ocupaba en leer las cartas de Vicente, conservadas como preciadas reliquias.

—Estoy desconsolada, Doña Mariana—le dijo Luisa;—yo necesito hablarle, me muero de amor, y, sin embargo, todo el mundo está en contra nuestra, nadie nos ayuda.

—Yo con toda mi alma—dijo Doña Len-;—pero no me lo agradezcas, porque ɔy agradecida á Vicente.

—¿Agradecida?—preguntó atónita Luisa, que no se explicaba el cambio de actitud de su antigua enemiga.

—Sí, Luisa, sí; agradecidísima, porque las desdichas de Vicente coinciden con las de alguien que ya ha muerto y me fué muy querido, y al ver lo que sufría me interesé por él y le tomé cariño. ¡Y es tan hermoso tener á quien querer!

Luisa se abrazó á Doña Lentes, á la que antes tanto odiaba, y con aquel abrazo fueron ambas dichosas; la institutriz, porque se veía estimada de alguien, y por primera vez en su vida saboreaba el placer de hacer bien; y la señorita de Vallreal, porque con la ayuda de su amiga novísima recibía un consuelo, que iluminó con un rayo de esperanza las tristezas de su alma.



EL GRAN SECRETO



EL GRAN SECRETO

Toda la sociedad de Madrid, aun los más maledicentes reconocían que la Condesa del Pingo era una señora modelo.

Había vivido en muchas cortes de Europa en compañía de su esposo, antiguo y acreditado diplomático, y en todas partes dejó la misma intachable fama por sus buenas condiciones y sobre todo por su seriedad y discreción, que fueron corazas impenetrables aun para los sutiles dardos de la calumnia.

La Condesa era una mujer penetrada de sus deberes y quizás capaz de llegar, por cumplirlos, al heroismo de Lucrecia, y esto stó para que la sociedad elegante la tuse por buena y la mirasen con admira-

ción muchas de sus amigas que consideraban extraordinaria virtud la fidelidad conyugal.

Los Condes del Pingo no tenían más hija que María, nacida en Irdeville, amamantada por una robusta bretona y educada en el Sagrado Corazón, siempre separada de sus padres, hasta los 17 años, edad en que la llevaron consigo, no por el placer de tenerla á su lado, sino, según frase de su madre, para cumplir el penoso deber de presentarla en sociedad.

El deber pareció á la Condesa muy fuerte para ella sola, por lo que tomó como coadjutora á una estirada inglesa, Mis Raff, encargada de acompañar á María todas las mañanas y muchas tardes, quedando con esto reducida la «penosa» misión de la madre, á llevarla á los bailes, bailecitos, reuniones, conciertos y demás espectáculos de buen tono que había en Madrid, cosa que hacía sin grandes molestias, porque en las casas particulares pasaba las noches jugando al tresillo en salón distinto del destinado para los jóvenes de ambos sexos, en los palcos del teatro tenía siempre su tertulia,

y en las carreras, polo, tiro de pichón y demás juegos de sport seguía la costumbre general en las señoras graves, de quedarse sentadas en la tribuna mientras sus hijas van con quien quieren de un lado para otro.

María cuando volvió á su casa, era una muchacha perfectamente educada, no sólo en el sentido en que lo entiende el mundo, sino tambien en el fondo, porque en el pensionado francés habían educado sus sentimientos y formado su corazón para el bien y sus ilusiones eran puras y nobles; formar un hogar y hacer felices con el amor á los que en él la rodeasen.

Pronto encontró un pretendiente, teniente de húsares, de buena familia y de mejor fortuna, por lo cual fué recibido con sumo agrado por los Condes del Pingo y aunque á María no le gustó tanto como á sus padres la hablaron mucho de él y se decidió á hacerle caso, llegando á creer ella misma, por un espejismo de su deseo, que estaba enamorada del teniente.

El muchacho, que estaba encaprichado, ıbló á los Condes del Pingo y como todo

eran facilidades por ambos lados, en poco tiempo se arregló el contrato de boda.

María que aspiraba á ser una esposa modelo y sobre todo si llegaba el caso de ser madre, quería cumplir sus deberes lo mejor posible, consultó este punto con varias personas eclesiásticas y seglares; todos al darla buenos consejos la dijeron que la mejor consultora era su madre y María se decidió á preguntarla.

La Condesa á quien sorprendió la formalidad de su hija, no la dió más que este consejo: sé siempre honrada, no procures dominar á tu marido, pero defiende tu independencia, y si tienes hijos edúcalos bien y haz lo posible para que hagan buenas bodas, porque no conozco calamidad mayor que la de emparentar con gente cursi.

Aprendió María el consejo y pensó que con él sería feliz y que quizás llegaría á la altura moral de su madre.

La boda se verificó, emprendieron los novios el viaje de rigor y María fué feliz porque creía en el amor de su marido, y por su parte se proponía dedicarles la vid á él y á sus hijos, si los tenía.

Pasó algún tiempo, el húsar la quería y de cuando en cuando iba con ella; pero entre el matrimonio había una muralla de hielo levantada por las exigencias sociales de las que era el marido esclavo, y María, á quien faltaba algo para ser feliz, fijó en la maternidad sus esperanzas de dicha.

María fué madre, pero por exigencias de su marido y de la Condesa, puestos de acuerdo con el médico, no crió á su hijo, y como no tenía ocupaciones, y por otra parte la sociedad la brindaba con sus halagos, empezó á hacer vida de casada elegante, corriendo sin cesar de salón en salón y de fiesta en fiesta, lo cual, hecho asiduamente es de lo más aburrido que existe para una esposa honrada, sobre todo, si tiene sentido común.

Pero este sentido se pierde pronto con el incienso que á la vanidad rinden los desocupados frívolos, y María que veía transformarse su modo de ser y morir sus nobles aspiraciones, creyó el caso grave, y fué á consultar á su madre.

sta se sorprendió muchísimo al oir con-
r á su hija que era desgraciada, y la

dijo:—¿Pero estás loca? ¿qué quieres? Si eres la niña mimada de Madrid y en todas partes te reciben en palmitas. ¿Qué te falta?

—Me falta,—respondió María—algo en el matrimonio, porque yo creí que siendo una unión para toda la vida, habría algún encanto permanente que conservase su fragancia y sus atractivos; he llegado á casarme y «eso» ni es para toda la vida, ni basta á llenar las exigencias del alma.

La Condesa sorprendidísima de aquellas aspiraciones que nunca había sentido ella, empezó á recordar sus primeros años de casada y contestó á su hija: En efecto al matrimonio le falta algo. ¿Qué será?

Pronto se rehizo la prudente Condesa y salió del aprieto aconsejando á su hija que se engolfase cada día más en la vida del mundo y acabaría por ser feliz en ella.

Acertó la Condesa. María fué matando una por una sus nobles aspiraciones, se volvió frívola, y encontró consuelo en los grandes salones, inmenso asilo para los mendigos de afectos y sentimientos.

La Condesa y hasta el marido, que en-

cantado con verla reina del salón no echaba de menos la felicidad que había perdido, se felicitaban del cambio.

María ya no nota en el matrimonio la falta de algo permanente, de ese gran secreto que no conocía su madre.

Ha tenido más hijos y no ha sufrido por ellos más que en el momento de darles á luz, y ésto á la fuerza, porque tendría á ser posible la aspiración que, según el jesuíta Van-Trich, constituye el sueño dorado de las madres mundanas: una incubadora mecánica con biberones de nivel constante.



LA VENGANZA DEL DIABLO



LA VENGANZA DEL DIABLO

El cura de Turlèque era un señor de excelente corazón y buenísimos sentimientos, cuyo carácter era una verdadera malva, si no le tocaban á sus dos puntos flacos: el diablo y el liberalismo.

Odiaba á Satanás D. Casimiro, que así se llamaba nuestro cura, por ser inventor del liberalismo y al liberalismo por ser invento de Satanás, y no alcanzando otras causas sus odiosidades que las que le ofrecía el círculo vicioso que en su inteligencia se formaba, aborreció á los dos enemigos como causa y como efecto, por activa y por pasiva.

El enemigo más importante y el más en-...ado, que D. Casimiro tenía en Turle-

que, era el Sr. Juan, labrador acomodado y jefe de los republicanos del pueblo.

Entre el cura y el republicano se trababan con frecuencia grandes polémicas; apoyaba el primero sus razones en Santo Tomás y el segundo en Voltaire, pero como ni D. Casimiro había leído al doctor Angélico ni el Sr. Juan al Patriarca de Ferney, acababan en disputa sus coloquios, tratando el cura al labrador de liberalote endemoniado, y éste á aquél de obscurantista y de ignorante.

Pero la disputa más grave, fué la que armaron los dos antagonistas después de un sermón en el que D. Casimiro había dicho: «Es preciso, ¡hijos míos! es preciso que, si queréis salvar vuestra alma, ese tesoro preciosísimo que Dios ha confiado á vuestra guarda, no solamente evitéis el pecado. sino también las ocasiones de incurrir en él que os ofrece á cada paso la sociedad moderna.

»Huíd, hijos míos, huíd de toda familia cuya casa no sea como el hogar cristiano de nuestros padres, huíd de los libros y periódicos dañosos que tanto abundan ahor

á causa de las malditas libertades, y sobre todo huíd del liberalismo, ese monstruo de los infiernos, fuente de todos los errores, plaga de esta sociedad, obra maestra del diablo.

»Sí, no vacilo en afirmarlo, del diablo, de ese Satán maldito, feo, cruel, ingrato, ángel rebelde, traidor, hipócrita, el conjunto de todas las maldades.»

Al terminar la función de iglesia, el señor Juan que estaba, como vulgarmente se dice, á medios pelos, increpó al cura, diciéndole que sabía por referencias (el señor Juan no entraba nunca en la iglesia), que había insultado al Diablo y que se anduviese con ojo, porque si Luzbel le cogía por su cuenta en el infierno, la venganza sería terrible.

Se indignó el cura, insultó al Sr. Juan, y luego explicaba el caso ante un grupo de devotas y devotos diciendo: ya lo veis, la masonería llega en su ceguera hasta el punto de querer dar culto al diablo; y el bueno de D. Casimiro prorrumpió de nuevo en una serie de invectivas contra Satanás y de paso contra el liberalismo.

Algún tiempo después de esta disputa murió el Sr. Juan fuera del seno de la iglesia, y su alma fué enviada al infierno, á pesar de que D. Casimiro le encomendó á Dios como hacía con todos sus feligreses.

Tampoco el cura vivió mucho tiempo y dos años después que su adversario político compareció ante el juicio de Dios.

Iba D. Casimiro muy ufano ante el tribunal divino, pero le salieron mal las cuentas porque á causa de su exagerada gula y de otros defectillos fué condenado al fuego eterno.

Nuestro cura entró desesperado en los dominios de su feroz enemigo, el cual dijo al verle: Este cura que en todos sus sermones me llamaba feo y me ponía de vuelta y media, que vaya á las calderas grandes y que un lugarteniente mío se encargue de darle su merecido.

Fué conducido D. Casimiro á las calderas conocidas con el nombre de Pedro Botero, antiguo diablo jefe de ellas, y se encontró con que el encargado de atormentarle era el Sr. Juan, á quien Satanás había hecho su lugarteniente, agradecido

los servicios que en la tierra le había prestado.

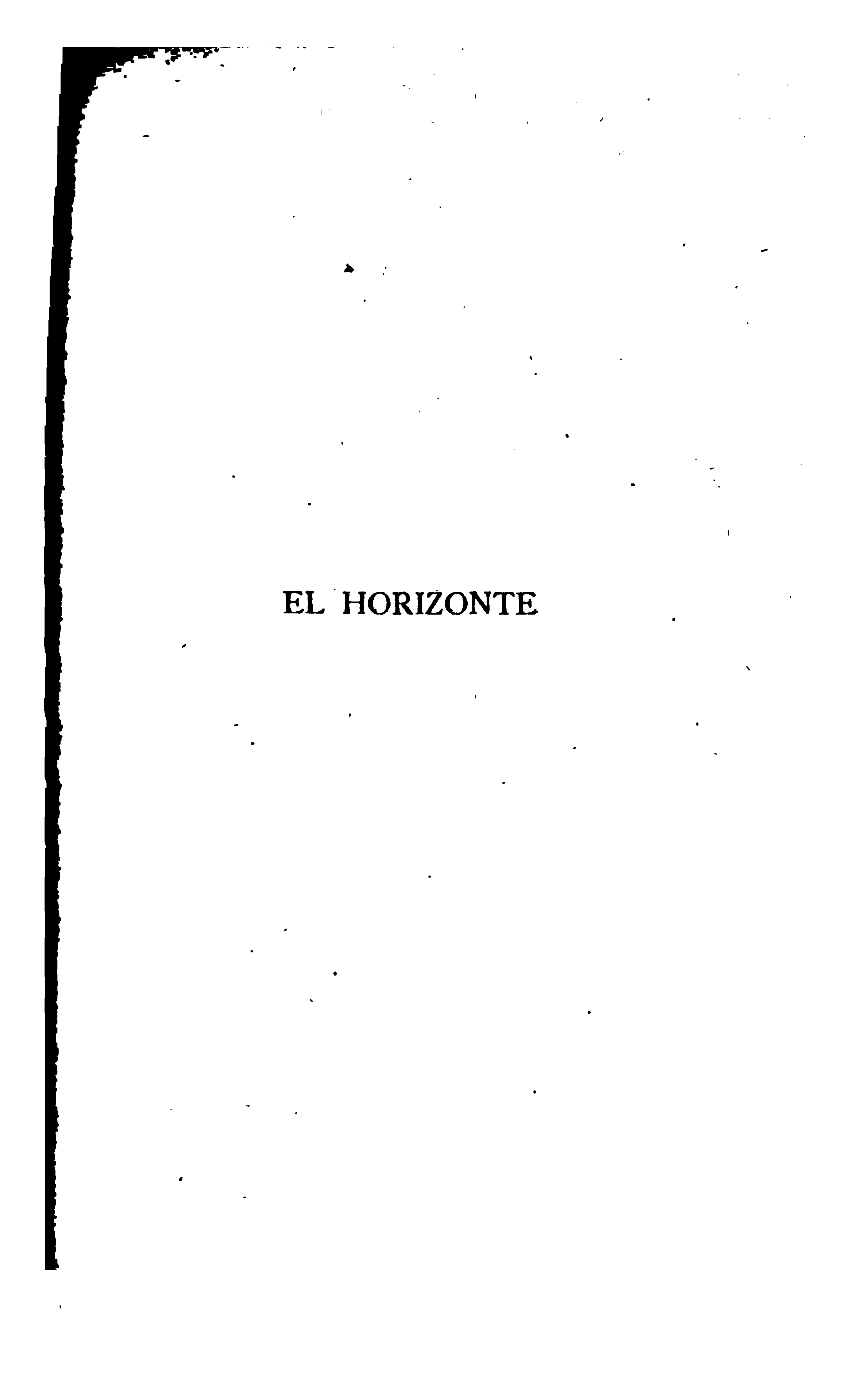
Se admiró D. Casimiro de ver al señor Juan en una situación relativamente agradable, porque aunque tenía ligeras quemaduras, no estaba obligado á padecer ninguno de los cruelísimos tormentos que él daba á los demás.

—¿Lo ve usted, D. Casimiro—decía el antiguo demagogo—lo ve usted como tenía yo razón? Por hablar mal tantas veces de Luzbel, éste le ha enviado á estas calderas donde sufrirá más que en otra parte, y en cambio si le hubiera servido como yo...

—¿Pero qué iba á hacer—replicó el acongojado cura,—si yo servía á Dios?

—Pues no insultar á nadie, por si acaso, contestó el Sr. Juan.

Yo serví bien á Satanás y ocupo un lugar distinguido en el infierno, y si usted hubiera servido bien á Dios y hubiera hecho la mitad de lo que predicaba, estaría entre los bienaventurados y no tendría yo que cansarme en darle tantos tizonazos.



EL HORIZONTE



EL HORIZONTE

Vivían en un piso quinto con honores de tercero; las sillas de la sala eran de reps, y de paja y madera las del resto de la casa, y los modestos trajes que ella vestía, debidos á la habilidad de sus manos, guardaban relación con los de él adquiridos y pagados á plazos en los almacenes de ropas hechas.

D. Agustín Pérez había sido en su juventud una de las notabilidades de su pueblo; vino á Madrid de 18 años, sin más patrimonio que su título de bachiller, unas cuantas pesetas y muchas esperanzas; se casó con Ramona, también pobre y también con ilusiones, obtuvo un destinillo en Hacienda, y transcurrieron cuarenta años tener en su vida más variaciones que

las tristísimas que imponía la necesidad en las épocas de cesantía, no frecuentes por fortuna.

Continuaban los dos esposos, ya viejos, sin haber pasado sus prosperidades de ocho mil reales de sueldo, y como es natural, murieron sin ilusiones personales; pero nacieron otras, cifradas en su hijo Agustín, que á los 19 años cursaba el cuarto año de Derecho y había escrito varias obras literarias dramáticas y líricas, que de causar en el público el efecto producido en los progenitores del autor, inmortalizarían su nombre, haciéndole digno de competir con los de los más famosos genios de la escena.

Agustinito era el ídolo de sus padres, que constantemente le auguraban brillante porvenir por sus notables aptitudes, y le alentaban á que buscase siempre nuevos horizontes y no se detuviera en ninguna posición hasta llegar á la altísima que merecía.

No pudo D. Agustín ver sus ilusiones realizadas, porque murió de un ataque al cerebro, sin que su hijo hubiese obtenido ni un modesto destino; pero sus últimas pala

bras fueron de consuelo para su mujer, porque le quedaba el amparo de aquel hijo, que buscaría siempre nuevos horizontes en su carrera y había de llegar á la felicidad, que para D. Agustín y Doña Ramona estaba vinculada en las grandezas.

Después de la desgracia, se encontró la familia con que tenía en casa sólo unas pocas pesetas, tan pocas, que eran insuficientes para pagar el entierro y comprar pan que llevarse á la boca, mientras Agustinito encontraba una colocación con que sustentar á su madre y proseguir sus estudios.

La caridad no les abandonó, y algunos vecinos pagaron el entierro y consiguieron que Agustinito entrase de escribiente en el bufete de D. Leandro Moscoso, dueño de la casa y habitante del piso principal, que era un notabilísimo abogado y había desempeñado más de una vez el cargo de Ministro de la corona.

Con este protector crecieron las esperanzas de madre é hijo, que pronto olvidaron al muerto para ocuparse de las ambiciones del vivo.

II.

En el bufete de D. Leandro Moscoso, ocupaba Agustín al principio el modesto lugar de escribiente, y se reducía su misión á copiar los escritos que redactaban infinidad de pasantes que ayudaban á D. Leandro en sus tareas de jurisconsulto.

Moscoso no daba sueldo ninguno á Agustín, pero le consiguió una credencial de seis mil reales sin obligación de ir á la oficina, y le recomendó á un amigo suyo para profesor de sus hijos, estudiantes del grado de bachiller.

Como Agustín era listo y tenía deseos de medrar, se propúso ante todo buscar protección, y para ésto hizo un estudio detenido de la señora y la señorita de Moscoso, que formaban la familia del ex-Ministro.

Doña Carmen era una señora de unos cincuenta y tantos años, que por lo disimulados representaban diez más, pues á pesar del detenimiento con que se acicalaba, d[illegible]



base tan mala maña para ello, que sólo conseguía que disminuyesen sus escasos atractivos físicos.

Era oriunda de la provincia de Santander, y conservaba todavía en la conversación los giros de su país natal, á pesar de que con los años y el trato social había adquirido las condiciones de elegancia necesarias á la esposa de un político progresista.

Carmencita, tenía 18 años, era más bien alta que baja, morena, aunque llevaba siempre cubierta la cara de polvos como un clown del circo; de ojos negros rasgados, pelo castaño y cejas pobladas del mismo color y uno de esos cuerpos que, sin tener nada desproporcionado, no serían nunca el ideal de un escultor.

De un carácter semejante al de su madre algo modificado por la instrucción á medias que proporcionan las institutrices, su principal defecto era la vanidad; y tanto había arraigado en ella, que se puede decir que vivía para producir efecto á los demás.

Había leído mucho y digerido poco, y ·· conocer á fondo el mundo, la familia

y el amor por las descripciones de los folletines de los periódicos que devoraba con avidez, y por algunas novelas francesas que su institutriz le compraba secretamente.

Agustín, que tenía buen talento natural, desde el primer momento supo captarse las simpatías de madre é hija con cumplidos vulgares, que no por serlo dejaban de hacer su efecto.

Cada frase pronunciada por la señora de Moscoso en su tertulia era comentada benevolamente por Agustín, que parecía admirarse á cada paso del tacto social de la esposa de su jefe, convenció á Carmencita de que las mujeres más elegantes de Madrid copiaban sus trajes, y con este sistema fué creciendo su importancia y llegó D. Leandro á creer en el mérito de Agustín que era constantemente pregonado por su mujer y su hija.

Subió al poder el partido de D. Leandro, que entró á desempeñar la cartera de Gobernación, y nombró su secretario particular á Agustín, ya licenciado en Derecho grácias á las recomendaciones de su protector.

III.

La prosperidad de Agustín era un hecho. Cobraba 30.000 reales al año (12 de sueldo y 18 de gratificación); empezó á codearse con gente importante, y ya tenía á su alrededor una corte formada por esos aduladores de baja estofa que abundan en los centros oficiales.

Acompañaba frecuentemente al teatro á doña Carmen y Carmencita, y casi todas las noches comía con su protector; y como el trato engendra el cariño, empezó á parecerle bien la señorita de Moscoso y formó decidido propósito de casarse con ella.

Era Agustín en las lides de amor demasiado novato para disimular aquella afección que nació en su alma sin notarlo él mismo, que imaginaba que sólo sus planes ambiciosos le inclinaban á Carmen.

A ella, desde el principio, la había parecido bien Agustín, pero era una mujer alista á la moderna, y sabido es que el alismo de ahora cifra sus ilusiones, no

en perpetuas constancias ni en idilios eróticos, sino en hoteles, coches, vestidos lujosos, cocina selecta y otros regalos, que aparecen como aspectos de la felicidad, que para los modernistas se condensa en la posición y la riqueza.

Carmencita era rica, es verdad; tenía posición, por la que en política ocupaba su padre; pero aspiraba á más, quería una boda por la cual pudiera entrar en esa aristocracia cuyos nombres más ilustres sabía de memoria, y de cuyas historias íntimas murmuraba, que veía de cerca en los espectáculos públicos, en las casas de los diplomáticos y en las fiestas de beneficencia, y cuyas estrellas la trataban con una amable frialdad que parecía querer decir: ésta no es de las nuestras.

Quería que cesase ese suplicio y encontrar un marido que la introdujese en aquellas regiones tan fantásticas para ella como los encantados palacios de los cuentos de «Las mil y una noches».

Y de tal modo estaba Carmen imbuída en estas aspiraciones que perdía su habitual serenidad y demostraba gozo, como

pudiera hacerlo una señorita de pueblo, cuando escuchaba los vulgares cumplidos de algún grande de España, que la visitaba en su palco del Real porque deseaba la protección de Moscoso para medrar en la política.

No comprendió estas ambiciones Agustín; se creyó seguro de su triunfo por las atenciones que en familia le prodigaba Carmen, para desahogo de su coquetería femenina, y no vió el contraste entre éstas y el desdén con que lo recibía delante de gente, ó si lo vió, lo atribuyó al rubor propio de niña candorosa que disimula sus inclinaciones.

Sus ilusiones fueron creciendo; hizo partícipe de ellas á doña Ramona, que recordaba la rápida carrera que han hecho en España multitud de yernos y veía ya á su hijo en encumbradas posiciones políticas.

Agustín se decidió á acabar de convencerse de que las coqueterías de Carmen y las atenciones de su madre eran estímulos á su timidez.

Una tarde entró al gabinete de doña Carmen, que estaba sola, y le recibió más ama-

blemente que nunca, con una sonrisa que incitaba á las confidencias.

Rompió Agustín el fuego, y á las primeras palabras comprendió por las actitudes cómicamente tiernas de doña Carmen, que se había equivocado.

¡Le quería, pero no para yerno!

IV.

Agustín se desesperó por su chasco; sufrió su amor propio con la idea de haber conquistado á una vieja ridícula y compadeció con toda su alma á Carmencita, á la que se figuraba enamorada de él é inocente de la maldad de su madre.

También de ésto se desengañó pronto, porque la misma Carmencita le suplicó un día que presentase á su padre á cierto condesito, jugador tronado, que la pretendía.

El golpe fué terrible; y no fué ésto lo peor, sino que empezó á notar que le tı taban con desdén la madre y la hija, y h

ta en el mismo Moscoso notó una aspereza y una severidad antes desusadas.

Esto decidió á Agustín á marcharse de la casa de su protector, pensando que éste no le era ya necesario, porque con las relaciones que había adquirido y su propio mérito podría ir hacia adelante y abrirse en la vida nuevos horizontes.

También á ésto le alentó su madre y también se equivocaron madre é hijo, porque después de la fría despedida que le hizo Moscoso, la posición de Agustín varió completamente; no le recibían los personajes que pocos días antes le trataban familiarmente y hasta su corte de aduladores se apartó de él, y muchos no volvieron ni á saludarle.

Poco tiempo después se casó Carmen; entonces Agustín. que sintió una pena muy honda, se decidió á no ir más tras horizontes lejanos y buscar una posición modesta y fija que le proporcionase medios de atender á sus necesidades.

Agustín se preparó para oposiciones, las ñó y obtuvo el Registro de la Propiedad Villavieja, con gran disgusto de su ma-

dre, que decía á cada paso: mi hijo se ha cortado el cuello, y picado en su amor propio ha tirado por el balcón una posición preciosa.

V.

Agustín es registrador de Villavieja desde hace ya algunos años.

Como el tiempo todo lo borra, olvidó el pasado, se casó con la hija de un labrador rico, que no ha leído á Bourget ni Prevost, pero que le quiere con toda su alma, cuida perfectamente de los tres hijos que Dios les ha concedido, y además aguanta á doña Ramona que está ya muy viejecita.

La pobre sueña todavía, y hace poco indicaba á su hijo que mandase á Madrid á seguir carrera al mayor de los nietos para que saliese del pueblo y buscara nuevos horizontes.

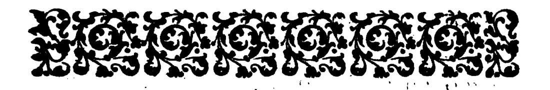
—¡Ay, madre!—respondió Agustín,—no apartaré yo á mi hijo de la felicidad que aquí disfruta, para meterle en la agitación del mundo; y en cuanto á lo otro, ya me he convencido de que el que aspira á una

cosa determinada, puede llegar á alcanzarla; pero el que busca horizontes nuevos no los encuentra nunca, porque cuanto más corre más lejos los ve.

Doña Ramona calla, pero todavía no se ha convencido, á pesar de lo cual los hijos de Agustín que no poseen más instrucción que la de primera enseñanza, son completamente felices, y es de esperar que lo sigan siendo mientras vivan.



LA PESETA DE LA SUERTE



LA PESETA DE LA SUERTE

El reloj señalaba las tres de la mañana y la partida continuaba tan animada como si fueran las diez de la noche.

Todos los asientos estaban ocupados y detrás de los jugadores sentados, se apiñaban otros, que, como los primeros, seguían las peripecias del monte, el más español de los juegos de azar.

El banquero tallaba con gravedad imperturbable, seguro de que á la larga las puertas habían de darle la ventaja; varios hombres del pueblo sacaban constantemente de la faja billetes del Banco que luego eran recogidos por la raqueta, y la ansiedad se pintaba en todos los semblantes, lo

mismo en el del que arriesgaba grandes cantidades después de consultar una cartulina en que anotaba el juego que «se daba» que en el del que ponía tímidamente al azar una pequeña puesta con la esperanza de sacarse unas cuantas pesetas destinadas quizás á satisfacer necesidades perentorias.

En un extremo de la mesa se hallaban sentados dos muchachos jóvenes en cuyos rostros se adivinaba que aquella noche no les había acompañado la fortuna.

—¿Cuánto te queda, Luís?—preguntó uno de ellos á su compañero,—porque yo lo perdí ya todo.

El interpelado por toda respuesta enseñó una moneda de cinco pesetas y dijo tristemente: —¡Esto de treinta y cinco duros!

Y luego añadió:—Si quieres algo tómalo.

Gabriel, que así se llamaba el otro joven, dijo poniéndose muy encarnado: —Tomaré una peseta á ver si me desquito.

Luís se encogió de hombros, hizo cambiar el duro y entregó á Gabriel lo que deseaba, diciéndole en tono de broma: A si es ésta la peseta de la suerte.



Por una rara casualidad acertó Luís en su profecía: Gabriel estuvo aquella noche afortunadísimo; hizo quebrar los juegos de todo el mundo, no dejó de acertar ni una carta y todos los jugadores seguían su juego haciendo disminuir considerablemente las ganancias del banquero, cuyo ceño se fruncía por instantes.

Por fin se levantó Gabriel, arrojó sobre la mesa un puñado de fichas y dijo:—Deme usted mil quinientas pesetas.

En el acto le fueron pagadas y salió de la casa de juego, escuchando las enhorabuenas de los ordenanzas que solícitamente le abrían las puertas en espera de pingüe propina, y seguido de Luís, que aunque había perdido sus cuatro pesetas, iba loco de alegría por la suerte de su amigo.

II.

Gabriel encontró resuelto un problema con las ganancias de aquella noche, porque había ido á la capital de la provincia á exa- ıarse en la Universidad, se alojó en una

casa de huéspedes en la que encontró á Luís su antiguo compañero de colegio, y los dos habían perdido en las timbas el poco dinero que sus padres les entregaron para pagar el hospedaje y comprar los billetes de vuelta.

Ya podía volver á su casa sin temor al castigo paternal, y podía recorrer los cafés de la población y sacar de apuros á aquel amigo tan generoso que cuando sólo le quedaba un duro, había tenido bastante desprendimiento para prestarle la peseta de la suerte.

Con estas ilusiones se acostaron los dos jóvenes, pero á la mañana siguiente cuando despertó Gabriel se encontró con que no podía realizar sus generosos propósitos porque, según le refirió la patrona, el padre de Luís, noticioso de los malos pasos en que su hijo andaba, se había presentado de improviso á las altas horas de la noche, y en el tren de por la mañana, lo había llevado al pueblo.

Gabriel lo sintió, y como en la casa de huéspedes no tenía ningún atractivo y sus ganancias le permitían vivir con más como

didad, aquel mismo día se instaló en el Hotel de Francia, el menos malo y de más pretensiones de la población.

III.

Como era época de feria el hotel estaba concurridísimo y el comedor se veía á las horas de almorzar y comer lleno de gente de todas clases, y de huéspedes, entre los qued escollaba, por las consideraciones que todos le guardaban, D. Andrés Ruíz, banquero acomodado y senador por la provincia.

La mesa que D. Andrés Ruíz ocupaba con su hija Laura era bastante grande y aún resultaba insuficiente para el número de comensales que diariamente tenían, entre los que ordinariamente figuraban el Gobernador, el Alcalde, varios concejales y diputados provinciales y caciques de algunos pueblos que hablaban con entusias- ıo de política local, conversación muy del ;rado de Ruíz, pero que aburría sobera-

namente á Laura, que como no sabía qué hacer empezó á coquetear con Gabriel, que comía en una mesa inmediata.

De los coqueteos pasaron en pocos días á la conversación, de la conversación á las relaciones, y tanto se entusiasmaron ambos que decidieron casarse.

Se lo dijeron á D. Andrés, y éste, como no tenía más hija que Laura, á quien adoraba, accedió á todo y la boda se celebró tres meses después.

Laura aportó al matrimonio una buena dote, y además como los dos esposos vivían con D. Andrés, les sobraba dinero.

Gabriel fué elegido diputado gracias á la influencia de su suegro, y como tenía talento, se hizo camino en el Parlamento, ocupó altos cargos y cuando murió D. Andrés se encontró con que á los 35 años era millonario y además tenía importante posición política.

Se fué á vivir á Madrid, montó su casa con gran lujo y empezó á frecuentar la sociedad á que su nueva posición le llamaba.

IV.

Una mañana Gabriel se encontraba en su despacho leyendo periódicos, cuando un criado le entró en magnífica bandeja de plata una carta de Luís en la que éste le recordaba su antigua amistad y le suplicaba que le recibiese aquella noche, porque deseaba desahogar sus penas en un corazón amigo.

Gabriel cogió la pluma para contestar al amigo del alma á quien le debía su suerte, cuando entró Laura y le dijo: mira esta invitación de los Río-Alto, para que no dejemos de ir esta noche.

—Yo lo siento,—respondió Gabriel,—pero no me puedo mover de casa porque espero á un amigo á quien debo algunas atenciones.

—Eso no importa—objetó Matilde,—acuérdate de que los Río-Alto nos distinguen mucho y no se debe ser ingrato.

Gabriel se resistió, pero Laura venció

por fin, y por no ser ingrato fué Gabriel á casa de Río-Alto y no esperó á Luís.

Sintió no verle, pero ni siquiera se acordó de disculparse con aquel amigo que era la causa de su fortuna.

Esto es tan humano que en el caso de Gabriel pocos recordarían la importancia que en su encumbramiento tuvo la peseta de la suerte.



LAS
RIQUEZAS DE DON ALVARO



LAS RIQUEZAS DE DON ALVARO

La junta de médicos confirmó el diagnóstico del de cabecera y declaró que no había remedio para el enfermo.

D. Alvaro había sufrido un fuerte ataque de disnea y las inyecciones que constantemente le aplicaban y los solícitos cuidados que su mujer y sus hijos le prodigaban, lograron prolongar la vida artificialmente, pero ya la lucha era imposible, la naturaleza, cada día más débil, no podía luchar con la enfermedad y la muerte parecía inevitable.

Aquella tarde D. Alvaro, adormecido por la acción de la morfina, parecía tranquilo, su familia se fué á comer dejándole solo on una hermana de la caridad que en un

rincón del cuarto rezaba en voz baja y pasando las cuentas de un rosario.

El enfermo incorporado en un sillón á fuerza de almohadas parecía tranquilo pero en su interior sostenía una lucha terrible: con los ojos entreabiertos contemplaba los lujosos muebles de su cuarto, las antiguas cortinas de damasco que habían pertenecido á un marqués con cuya fortuna se quedó D. Alvaro por una pequeña cantidad que le había prestado, la magnífica luna de cristal de Venecia colocada encima de la chimenea en que se reflejaban todos los objetos superfluos acumulados en aquella estancia, y los armarios de roble tallado donde se habían guardado tantos documentos base de la ruina de múchas familias.

Recordaba cómo había labrado su fortuna, los necesitados á quienes había explotado, las consideraciones que el mundo á quien engañó guardaba á su dinero, y la hipocresía que le había llevado cuando ya era rico á militar en política al lado de los defensores de la moralidad y á pedir selección á voz en cuello y en todas part

Los muebles de su cuarto le parec

acusadores de sus pasados róbos y el sonsonete del rezo de la hermana de la caridad le echaba en cara la hipocresía de sus últimos años.

No podía hablar, pero quería llamar á sus hijos, confesar sus crímenes, declararse indigno y desahogar su concienca y luchaba en vano porque la conciencia no dejaba de atormentarle y los objetos que sus ojos veían y los rezos que escuchaba, eran también acusadores implacables.

No duró mucho esta lucha: quiso incorporarse, entreabrió los labios, intentó hablar y espiró.

La hermana de la caridad notó el movimiento, se acercó, palpó las sienes, percibió el frío de la muerte, cerró piadosamente los ojos del cadáver y llamó á la familia.

Entraron todos precipitadamente, la viuda y los hijos besaron sollozando el cadáver de D. Alvaro y la hermana de la caridad les dijo: pueden tener el consuelo de que ha tenido una muerte muy tranquila; casi en un instante sin tormento ninguno se quedó no un santito.

***

El suntuoso salón de la casa de D. Alvaro, fué cubierto de paños negros, en el centro pusieron el féretro rodeado de blandones y en un extremo se colocó un altar donde se dijeron misas la mañana siguiente al fallecimiento.

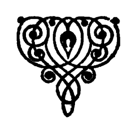
Al entierro concurrieron todas las eminencias de la política y de la banca y muchos aristócratas con cuyas familias habían emparentado los hijos de D. Alvaro, casados todos con personas de la más elevada posición social.

Muchos de los concurrentes contemplaban con admiración la suntuosa escalera de mármol, el espacioso vestíbulo decorado con tapices antiguos y los cuadros y estatuas que por todas partes se admiraban, y algunos recordaban el rápido encumbramiento de D. Alvaro y varios de sus hechos antiguos, pero todos le envidiaban haber muerto en aquel magnífico palacio, rodeado de bienestar, venerado por su familia y hasta cristianamente, puesto que había confesado y recibido la bendición de Su Santidad, y muchos Obispos, al saber su muerte, se habían apresurado á en-

viar indulgencias y alguno por telégràfo.

Se comentaban los artículos necrológicos que toda la prensa había dedicado á don Alvaro y los mismos que censuraron sus actos pasados envidiaron sus riquezas y su muerte tranquila.

¡Lástima que la conciencia sea invisible, porque hubiera sido de un gran efecto moral que los que envidiaron las riquezas de D. Alvaro hubiesen podido ver lo que sufrió en sus últimos momentos!



LO QUE VA DE NIÑA Á VIEJA



LO QUE VA DE NIÑA A VIEJA

ESCENA PRIMERA.

Sala muy bien amueblada, en la que aparece Conchita, joven de 18 á 20 años, sentada junto á una mesa y en actitud de escribir.

CONCHITA.—¿Qué le diría yo á este chico? La verdad es que no hay cosa más difícil que escribir una carta para el novio, y luego, como él estará en París tan divertido, le aburrirá el relato de mi vida, que, por otra parte, no puede ser más sosa; ni bailes, ni diversiones, ni teatros, ni nada.

¡Tengo unas ganas de casarme, para que se acabe este aburrimiento y para poder salir y entrar cuando quiera!

No como ahora, que siempre está mamá

con que no hay quien me acompañe, y con que no está bien que vaya sin ella á sociedad, y con que tengo el novio fuera y no debo ir á diversiones, como si porque él estuviese en París nó tuviera yo ganas de divertirme.

Cuando me case saldré sola por las mañanas con un aire muy digno, andando deprisa y con el vestido muy recogido. Iré á paseos, á teatros, á bailes... ¡qué feliz voy á ser!

Pero ¡qué tonta soy! Pensando en la boda me he olvidado de que estoy escribiendo al novio. *(Leyendo lo escrito.)*

«Querido Luís: He recibido tu carta, que te agradezco en el alma, y la he leído con el gusto que siempre leo todas las tuyas.»

Bueno, eso ya está. Ahora le diré que me traiga pastillas de chocolate de la *Coup d'or*, que son ahora las de moda. Pero no, que ya se le ocurrirá á él; y además, es muy feo pedir. *(Riendo.)* ¡Si le contara la aventura de ayer! ¡cómo se pondría, con lo celoso que es! Aunque, después de todo, no tiene nada de particular que á una la sigan en paseo; siguen á todas, y con t

de que la muchacha no vuelva la cabeza...

Lo malo es que cuando llevamos un oso detrás parece que se nos van los ojos.

¿De qué le hablaría yo?

(Aparece Doña Concepción, señora de 48 á 50 años, madre de Conchita.)

ESCENA SEGUNDA.

DOÑA CONCEPCIÓN.—Pero chica, ¿qué haces? Son las cuatro y media y todavía no te has vestido.

CONCHITA.—Estoy muy ocupada en escribir á Luís.

DOÑA CONCEPCIÓN.—Agradable ocupación para una muchacha. Perdona que te haya interrumpido. *(Hace ademán de irse.)*

CONCHITA.—No, mamá, no te vayas. Mira *(raja la carta)* ya no le escribo hoy, Es una pesadez eso de escribirse cada cuatro días.

DOÑA CONCEPCIÓN.—No digas eso, hija mía; cuando se quiere de verdad á un hombre, parecen pocas todas las ocasiones de nunicarse con él.

CONCHITA.—Pues yo quiero de verdad á Luís, y sin embargo, no veo la necesidad de una correspondencia tan frecuente.

DOÑA CONCEPCIÓN.—¿Pero tú crees que estás enamorada de Luís?

CONCHITA.—¡Pues no lo he de creer! ¡y hace muchísimo tiempo! Sí, mamá; no te extrañes ¡muchísimo tiempo!

Cuando yo era chiquitita, que estaba interna en Chamartín de la Rosa, él iba todos los días de visita para ver á su hermana Rosalía. Siempre se me quedaba mirando fijamente. y luego yo les decía á las compañeras que Luís era mi novio.

DOÑA CONCEPCIÓN.—Pero si entonces no tenías edad más que de jugar.

CONCHITA.—Es que en el colegio no jugábamos mas que á los novios.

DOÑA CONCEPCIÓN.—¡Pobres chicas!

CONCHITA.—Despuéssiempre me he figurado que me iba á casar con Luís, y en mi imaginación me he visto con él por el Retiro en un *milord* de doble suspensión, con ruedas de goma, vestida con un traje á la inglesa y un sombrero de plumas muy grandes, saludando á las amigas con la

mano, muy cariñosa, para que rabiaran de firme.

DOÑA CONCEPCIÓN.—Y después que te hizo la corte, ¿qué pensaste?

CONCHITA.—Desde entonces me considero la más feliz de las mujeres, y desde que nos arreglamos formalmente mi mayor anhelo es que llegue pronto la hora de casarnos.

Ya me estoy viendo el día de la boda con un vestido blanco de Mad. Tête-Vide, escuchando á mi paso murmullos de admiración. Nos casará ese Obispo de no sé dónde, que fué profesor de Luís; tu madrina y padrino el tío Julio, que como es Marqués y General, viste mucho; testigos dos ó tres personajes políticos y los parientes más elegantes, aunque sean un poco lejanos, y al día siguiente largos artículos en los periódicos, hablando de la hermosura de la novia, de los apellidos del novio y haciendo una lista de los asistentes, en que figurará, de seguro, lo más selecto de Madrid. ¡Qué gusto me va á dar leerlo, y cómo van á poner Carmen y Luz!

DOÑA CONCEPCIÓN.—¿De esas ilusiones

deduces tú que estás enamorada de Luís? No, hija mía, eso no es amor ni el amor ha sido así nunca.

CONCHITA.—¿Qué dices, mamá?

DOÑA CONCEPCIÓN.—Que confundes el amor con la vanidad, y que ves en el matrimonio el medio de satisfacerla, porque la posición de Luís te da derecho á figurar en sociedad; que quieres lucir el marido en paseo y en el teatro, como los vestidos de Mad. Tête-Vide, y que te lo envidien las amigas, como el lujo y la riqueza.

Pensando como tú piensas podrás excitar la envidia de tus amigas, tan frívolas como tú, pero no formarás un hogar feliz ni una familia cristiana.

CONCHITA.—Pero ¿por qué, mamá?

DOÑA CONCEPCIÓN.—Porque no quieres de verdad á tu futuro. Vamos á ver, si Luís te dejara ¿tú, qué harías?

CONCHITA.—Primero me daría mucha rabia, y después buscaba otro más rico y de más posición, y si podía me casaba para darle á Luís en la cabeza.

DOÑA CONCEPCIÓN.—¿Lo ves? Buscabas otro y dices que le quieres. Cuando se quie

re de verdad, hija mía, no se busca otro, porque el verdadero amor es insustituible.

CONCHITA.—Es claro, y se queda una soltera, para que digan las amigas que la han dejado para vestir imágenes. ¡En seguida!

DOÑA CONCEPCIÓN.—Y si Luís fuese pobre ¿te casarías con él?

CONCHITA.—Claro está que para no tener que comer y hacernos desgraciados los dos, no me casaría.

DOÑA CONCEPCIÓN.—No te casarías por temor á la pobreza, por miedo á las burlas de tus amigas.

No le quieres, hija mía, y, sin embargo, te vas á unir á él para siempre.

Comprende tu error, renuncia á esa boda que todavía es tiempo, y considera que si alguna vez, después de casada, conoces el verdadero amor, será tarde para arrepentirte de lo hecho y tendrás que ser ó mártir ó culpable.

CONCHITA.—¡Por Dios, mamá, cómo te pones y qué cosas dices! Parece que no se han casado muchas enamoradas á mi modo.

DOÑA CONCEPCIÓN.—Por eso hay tantos matrimonios desgraciados. *(Se oye un campanillazo.)* ¿Has oído? Llaman. Todavía no estás vestida y debe ser Luz que viene á buscarte.

CONCHITA.—Voy á vestirme.

DOÑA CONCEPCIÓN.—Piensa bien en lo que te he dicho.

CONCHITA.—Sí, mamá. *(Aparte.)* Cualquier día renuncio á Luís con la posición que tiene por esas cosas que predica mamá. ¡Cosas de viejas!

ESCENA TERCERA.

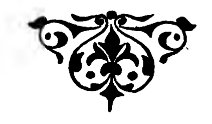
DOÑA CONCEPCIÓN, sola.—No la convenceré. Es tan niña que no puede comprender estas cosas. Yo no pensaba lo mismo que ella y, sin embargo, por complacer á mis padres me casé con Juan porque era rico y he sido desgraciada, muy desgraciada, tanto, que si lo hubiera podido prever no hubiera cedido á la voluntad de mis padres.

Pero la experiencia se adquiere siem
á la vejez, cuando ya no sirve para na

Mi hija se casará sin amor, y yo no puedo convencerla, porque puede más que yo la sociedad.

Lo malo es que cuando comprenda su error será tarde.

¡Pobre hija mía!



EL
SOCIALISMO EN VALLCORBA



EL SOCIALISMO EN VALLCORBA.

I.

En la taberna del tío Lucas no se hablaba de otra cosa, y todos esperaban que el *meeting* socialista fuese un acontecimiento en la vida política de Vallcorba.

Los patronos se estremecían en previsión de contrariedades futuras; las autoridades, atemorizadas, telegrafiaban frecuentemente á Gobernación garantizando el orden público para ocultar lo mucho que temían que se perturbase; los periódicos dedicaban á diario largo espacio á referir los detalles de organización; los obreros se agitaban constantemente, y en calles, paseos, talleres, cafés y tabernas se espera- con interés extraordinario el discurso



del compañero José Gómez, uno de los más elocuentes apóstoles del socialismo español, cuya palabra tanto podía influir en el porvenir del industrial pueblo de Vallcorba.

José Gómez había recorrido media España haciendo propaganda de sus ideas, y aunque había dejado de trabajar, usaba gabán de pieles y viajaba en primera; no por eso dejaba de hacer la apología del trabajo y de abominar de las comodidades que la odiada burguesía disfrutaba.

II.

El *meeting* se verificó en una huerta, porque no había en Vallcorba ningún local cerrado en que cupiesen los muchísimos obreros que á él asistieron.

Las fábricas de las inmediaciones y los talleres de la población quedaron desiertos, y además asistieron muchos obreros sin colocación que á voz en grito pedían pan y trabajo.

El discurso de Gómez causó inmenso efecto en aquella multitud, que á cada paso le aclamaba delirante.

Hizo la apología del obrero pintándole como el principal factor de la vida del país; explicó que el más fundamental de los derechos humanos era el derecho á la vida, y que la vida era imposible sin los medios de subsistencia, que debían repartirse por igual entre todos los seres humanos.

Habló de la abnegación del obrero, haciendo resaltar el contraste que ofrecía con los abusos del patrono; aconsejó la unión entre los obreros para que acabasen por imponer su voluntad, y terminó en brillantísimos párrafos entonando un himno á la redención de la humanidad, que sólo podía ser obra del amor, del trabajo y de la igualdad.

Después hablaron otros oradores, pero ninguno hizo en el auditorio tanta impresión como Gómez, cuyo discurso quedó grabado en la imaginación de todos lo obreros asistentes al *meeting*.

III.

Al día siguiente no se hablaba más que del discurso de Gómez entre los cajistas de la imprenta de D. Jacobo Díaz, una de las casas más antiguas de Vallcorba.

En otro tiempo, los talleres de D. Jacobo estaban llenos de obreros; pero el trabajo había disminuído y la mayor parte habían sido despedidos, quedando nada más que un número relativamente reducido.

El trabajo se interrumpió, porque hacia la parte de afuera de la casa donde los talleres estaban instalados, se oía un ruido ensordecedor.

Los obreros que la víspera pedían en e *meeting* pan y trabajo, enardecidos con el discurso de Gómez, habían organizado una manifestación, y como muchos de ellos habían trabajado en la imprenta hasta poco tiempo antes, redoblaron al pasar por su antiguo taller los gritos de protesta.

Dos de los cajistas más inteligentes de la imprenta, que se hacían llamar el comp



ñero Luís y el compañero Pedro desde que se habían afiliado al grupo socialista, hablaron á sus antiguos compañeros diciéndoles que ojalá el egoísmo de los patronos cesara y fuesen de nuevo admitidos al trabajo, y uno de ellos—el compañero Luís—agregó: «Ellos son egoístas, pero nosotros quisiéramos tener algo para poder repartirlo con vosotros.»

Aún no habían cesado los aplausos que la multitud tributaba al fogoso arranque del compañero Luís, cuando apareció don Jacobo Díaz, cuya presencia fué acogida con silbidos por los manifestantes, para quienes el impresor representaba la burguesía, esto es, la explotación, la iniquidad, el dueño.

D. Jacobo hizo señas de que quería hablar, y todos callaron para oirle.

Habló serenamente D. Jacobo; dijo que la falta de trabajo le había obligado á despedir obreros porque le faltaban medios para pagarles; pero que la actitud generosa de los obreros de su casa le había decidido á hacer algo en favor de los desgraciados ...e no tenían trabajo.

Este período del discurso fué acogido con frenéticos aplausos.

—Yo,—prosiguió D. Jacobo,—doblaré todas las semanas la cantidad que destino al pago de los obreros, y consumiré en obsequio vuestro mis pequeños ahorros; pero como así y todo sois muchos los que habéis de quedar sin trabajo, mis obreros harán también el sacrificio que hace poco ofrecían generosamente; y como el trabajo se paga á tanto la línea, entraréis todos los despedidos, se repartirá la tarea, y con mi sacrificio y el suyo habrá más satisfechos y se repartirá la riqueza.

Los obreros de la imprenta prorrumpieron en denuestos contra su patrono, indignados por aquella solución que tanto les perjudicaba.

—Yo ya me sacrifico,—dijo D. Jacobo; —pero vosotros, compañero Luís y compañero Pedro, que antes aplaudíais la abnegación y hoy hacíais generosos ofrecimientos, ¿no sabéis que la repartición de la riqueza y la igualdad de medios de subsistencia son parte del programa de vuestro partido?

—Sí,—dijeron los dos compañeros;—

pero eso de repartir reza sólo con los burgueses.

Las turbas silbaron á los dos socialistas que tanto amaban el sacrificio ajeno, y muchos de los presentes, por culpa del compañero Luís y del compañero Pedro, desacreditaron las teorías tan brillantemente defendidas por Gómez, sin ver que muchas veces las más nobles ideas pierden por tener malos apóstoles, y que hay una inmensa distancia de predicar á dar trigo.



EL BUEN EJEMPLO



EL BUEN EJEMPLO.

I.

Como todos los jueves, aquella tarde estaba muy concurrido el Casino de Biarritz.

En la hermosísima terraza la concurrencia era muy variada: algunos amantes de la naturaleza contemplaban las olas que rompían en espuma al llegar á la Gran Playa, la casa de baños, los intrincados vericuetos por los que desde ella se sube á la población de Biarritz, el tranvía de vapor que cruza rápidamente por la carretera de Bayona, el Hotel Victoria y la Villa Eugenia, que pasó de mansión imperial á fonda pública y casino de recreo, é hizo llamar un republicano concejo ó Palacio de



Biarritz, y en el fondo sobre un promontorio en el que van á estrellarse infinidad de olas, la erguida columna en cuyo extremo se halla el faro; unos cuantos entusiastas de la música se apiñaban en el centro de la terraza junto al kiosco de la orquesta que ejecutaba la overtura de *Mignon*, indispensable en los conciertos del Casino, y otras obras en su mayoría también de Thomas y de Berlioz y Lalo; paseaban muchas señoras de las que sólo van al Casino los jueves que hay baile de niños para que los suyos bailen, y que mientras dejan á sus hijos en el gran salón, salen á respirar aire puro; y en un extremo se hallaba un animado grupo de personas de ambos sexos, èn su mayoría españoles, de cuyo grupo murmuraban otros más pequeños de españoles también, que andaban desperdigados por la terraza.

—¿Ves—decía á su marido una señora gruesa—qué escandalosos? La Villa-Monte con Alvarito, la Marbella con Casa-Mendo y cada uno con su pareja, y las pobres chicas de Villa-Monte y de Marbella reco rriendo aburridas la terraza, porque sus

madres no quieren que oigan las chicas tantas enormidades como ellas dicen.

El marido entreabrió la boca disimulando un bostezo, y dijo con tono indiferente: ya, ya, ¡qué escandalosas!

II.

La Marquesa de Marbella era una señora descendiente de antigua familia andaluza, y casada con un opulento americano que compró el marquesado con su fortuna.

En Biarritz, donde tenía una magnífica villa, empezó á codearse con la aristocracia española, gracias á la íntima amistad que la unía con el nobilísimo Marqués de Casa-Mendo, y como tenía mucho dinero y vestía muy bien, fué admitida en la más difícil sociedad de Madrid, figurando entre el círculo de las elegantes reinas del escándalo, nacidas de la nada y envidiadas por damas infinitamente superiores á ellas por posición, alcurnia y limpia fama.

La Condesa de Villa-Monte pertenecía á

*



la más linajuda aristocracia de España, tenía íntima amistad con la Marbella y viajaba siempre con su marido y con el diputado Alvarito Escolar.

La Marbella y la Villa-Monte con sus respectivos cortejos y otra porción de parejas formaban el grupo de que tanto se murmuraba en el Casino y del que había dicho cierta dama de mucho ingenio que oyó decir que lo formaban quince personas; imposible, serían catorce ó diez y seis, porque donde están esas señoras nunca son nones sino pares.

La conversación era en extremo picante, se murmuraba de los que pocos momentos antes se habían separado del grupo para dirigirse al Country *Club*, y las insinuaciones eran cada vez más claras, cuando Alvarito Escolar se levantó de su asiento y dijo á Casa-Mendo: mira ahí está la Carola, ¡qué escándalo!

Todos dirigieron su mirada á una mujer rubia de alta estatura, vestida de blanco, que paseaba por la terraza, sola con otra de aspecto más modesto.

Todos se conmovieron; la de Marbella

dijo: ¡qué barbaridad, una *cocotte* en estos sitios! y la Villa-Monte dijo á Casa-Mendo; ve en seguida á buscar á las chicas y nos las llevaremos para que no vean estas cosas.

III.

La Carola continuó impasible, las señoritas de Villa-Monte y de Marbella siguieron su conversación en el grupo de sus madres que seguían cuchicheando con sus caballeros, y al salir del Casino, Casa-Mendo soltó el brazo de la Marquesa y dijo dirigiéndose al encargado del *bureau*: Hoy he visto aquí una *cocotte* á pesar de que el Reglamento les prohibe la entrada, y es preciso que esto no se repita porque si no no podrán venir señoritas; hoy mismo tenemos que llevarnos á dos para que no vean malos ejemplos.

El del *bureau* balbuceó una excusa y el Marqués se volvió con los suyos muy satisfecho de haber cumplido su misión moralizadora.

LA ARISTOCRACIA DEL PRESIDIO





LA ARISTOCRACIA DEL PRESIDIO

Hace pocos días hablábamos en un círculo de Madrid del suicidio de un grande de España que había renunciado á la vida porque las rentas que le quedaban no eran suficientes á sostener el lujo á que estaba habituado.

Alguien dijo que las exigencias del lujo en una sociedad que estima sobre todo la riqueza, habían precipitado al infeliz suicida al fondo del precipicio, y otro de los presentes, refirió, para demostrar que la vanidad es patrimonio de todos y existe en todas las esferas, un caso que guarda bastante relación con el que ocupaba nuestra atención.

Dijo así: Cuando Toñuelo entró á cumplir condena en el presidio de Ocaña, exci-

tó la admiración y la envidia de todos sus compañeros.

Tenía siempre dinero suficiente para comer mejor que los demás presidiarios, vestía con limpieza y el Director, á quien sin duda había sido recomendado le encomendaba únicamente los trabajos menos áridos.

Recibía muchas cartas, los vigilantes le trataban con la consideración del que espera propina, y si alguno de sus compañeros recibía como obsequio de Toñuelo, tabaco ó algo de la comida que él se hacía llevar, se daba tono luego con los otros penados, jactándose de haber sido agasajado por el aristócrata de los presidiarios.

Sabían todos que Toñuelo cumplía condena por homicidio y todos hacían comentarios variadísimos sobre el origen de su lujo: quién aseguraba que por haberse declarado autor de un delito cometido por un señorón, aquél le recomendaba y mandaba dinero; quién le suponía afiliado á sociedades de conspiradores que le enviaban recursos para que no *cantara* espantables secretos, y quién suponía que una mujer e morada de él sufragaba sus dispendios.

Un día recibió Toñuelo una carta que le hizo derramar lágrimas; en ella le notificaban que había muerto el único amparo que en el mundo le quedaba.

Era una mujer por la cual había matado á un hombre, con quien le engañaba y que era la que luego buscó la influencia que le colocaba en situación distinguida dentro del presidio y la que le enviaba el dinero con que sostenía los gastos que tanto admiraban los otros presidiarios.

Después de aquello cambió por completo la situación de Toñuelo en el presidio: comió el mismo rancho que los demás, los vigilantes, á quienes no tenía nada que dar, le trataban peor que á los otros, disgustados de que la falta de propinas hubiera desnivelado su presupuesto, y cuando salía al patio todos hacían burla de él diciendo: mira el señorito, ya se le acabó el carbón y no podrá darse tono con los demás infelices.

Su desgracia llegó al colmo, porque el Director que ya no tenía interés por Toñuelo, á quien nadie había vuelto á recoendar, le destinó á los trabajos más duros, ·nde tenía que sufrir las burlas de los

otros penados, de los mismos que antes se disputaban sus obsequios y hacían alarde de haberlos recibido.

Una tarde en que Toñuelo con otros presidiarios trabajaba en la recomposición del tejado del presidio dijo con tono un tanto vivo, que no pensaba tolerar burlas de nadie, y todos, incluso el vigilante se rieron de él y le echaron en cara la necesidad en que se encontraba de soportarlo todo porque ya no era como antes, ya era igual que los otros, y se lo echaban en cara y le apostrofaban y humillaban.

Toñuelo rojo de ira los miró, fué á acometerles y comprendiendo que tenían razón y que no podía con ellos, se volvió y arrojándose desde el tejado, cayó destrozado al pie de los muros del presidio.

Los otros penados contemplaron desde el tejado su cadáver destrozado, y quizás alguno más malvado que los otros se congratulase del desastroso fin del aristócrata del presidio.



EL GALLO TIRANO





EL GALLO TIRANO

Casi todos los contertulios de D. Miguel eran correligionarios y políticos de los de buena fe, que todavía esperan de la virtualidad de las ideas y de los personajes de su partido la salvación de España.

Y digo casi todos, porque había entre ellos un D. Juan Gómez, rico labrador del pueblo, que no estaba de acuerdo con la mayoría, ni gozaba como los demás con los intencionados artículos y los razonados sueltos de *La Nación*, órgano político, el más autorizado en la provincia, del partido en que ellos militaban.

Una tarde en que el entusiasmo de los contertulios excedió los límites de lo acostumbrado, por un suelto de *La Nación* que,

como vulgarmente se dice, hacía polvo á uno de los caciques más importantes del partido contrario, D. Juan Gómez, según su costumbre, no estuvo de acuerdo con la mayoría y esto produjo una indignación general.

—D. Juan—decía uno de los más exaltados,—negar que con este suelto se da una estocada mortal á don Fulano, es negar la evidencia, y sólo se le puede ocurrir á un maniático.

—Sí,—contestó impasible D. Juan—pero eso no sirve para nada.

—¿Cómo que no sirve para nada?—replicaba el vehemente interlocutor de Gómez.—¿Con qué se destruirá lo que dice *La Nación* de don Fulano?

—Con lo que mañana dirá el periódico de don Fulano de don Zutano vuestro cacique.

—Es que el periódico de D. Fulano es un papelucho cualquiera. y el nuestro está admirablemente escrito.

—Lo mismo dicen de *La Nación* los partidarios de D. Fulano.

—Pero ellos no tienen razón y nosotros

Asintieron todos; haciendo blanco de sus iras á D. Juan Gómez, y tanto insistieron, que el dueño de la casa, dando hábilmente nuevo giro á la conversación, dijo, que Gómez no tenía aspiraciones políticas.

—¿Cómo que no?—repuso incomodado el hasta entonces impasible D. Juan,—yo quiero, como todo buen ciudadano, el bien de mi patria; pero como no tengo bastante ciencia para dar soluciones sobre ésto, he hecho mi composición de lugar, y digo: en el pueblo no son felices ni viven sosegadamente más que D. Fulano y cuatro amigos cuando mandan unos, y D. Zutano y otros cuantos cuando mandan otros, y en tanto nos baldan á contribuciones, no tenemos carreteras ni canales de riego, y nuestros hijos son unos burros, porque no hay maestro de escuela que quiera venir al pueblo á morirse de hambre. Pues lo que yo quiero es que en vez de estar contentos siete por cada doscientos que se fastidian, y digo poco, suceda lo contrario y sean felices la mayoría de los vecinos y claro es que si eso se hace en todos los pueblos, cuando estén ntentos todos estará contenta España.

Yo no me meto en política, porque aquí la acción de los partidos se reduce á ponerse verdes los unos á los otros y á trabajar en las elecciones por H ó por B que se disputan el acta.

Yo me metería si H y B fueran algo; pero como el mal está en Madrid y en otros personajes más altos, no quiero arruinarme como todos vosotros por las elecciones, para que los verdaderos culpables de este estado de cosas se rían de nuestra buena fe ó mejor dicho de nuestra simpleza.

Todos se enfurecieron de tal modo contra el ingenuo Gómez, que D. Miguel tuvo que interponer de nuevo su influencia en favor de éste, y propuso á todos salir á dar un paseo por la huerta para disfrutar de los encantos de la naturaleza en aquella hermosa tarde.

La suavidad del ambiente y la contemplación de los primores del cultivo que se veían en la huerta, distrajeron la atención de aquellos políticos de las cuestiones graves, y poco á poco fueron haciendo las paces con D. Juan, excelente amigo de todos ellos.

Llegaron al gallinero y allí saludaron á la esposa de D. Miguel, muy atareada en proveer á un niño suyo de corta edad, de grano que luego él arrojaba al gallinero.

Quería el niño que comiese toda la grey del corral, pero no lo conseguía porque un arrogante gallo comía la parte más sana del grano, dejando para sus compañeros solamente lo que le sobraba y de ésto cogían la mejor parte otros dos gallos más chicos, quedando para las gallinas el trigo de peor clase, mezclado con tierra.

El niño echaba cada vez más grano deseando que las gallinas, que eran muchas se decidieran á cogérselo al gallo grande, pero sólo consiguió que los gallos chicos se picaran entre sí y las gallinas unas con otras mientras el gallo tirano se paseaba orgulloso saboreando su autoridad y el mejor trigo.

Ya no les echo más grano—dijo furioso el niño—porque son tontas y se pican unas á otras en vez de arremetr todas juntas contra el gallo, que es el que se lo come todo.

Rieron todos el lance y desde entonces

siempre que le hablan de política contesta D. Juan Gómez: No contéis conmigo para picaros unos á otros como las gallinas, pero avisadme cuando tengáis valor paro uniros contra el gallo tirano.



Índice.

Páginas.

Prólogo	5
Los descontentos	13
Después de muertos	25
Novios de ahora	37
La conciencia de Martínez	45
Historia de un retrato	55
La provinciana	67
Los pergaminos de Hugo	75
Un buen partido	85
Doña Lentes	95
El gran secreto	103
La venganza del diablo	113
El horizonte	121
La peseta de la suerte	137
Las riquezas de Don Alvaro	147
Lo que va de niña á vieja	155
El socialismo en Vallcorba	167
El buen ejemplo	177
aristocracia del presidio	185
gallo tirano	191

MADRID.—IMPR. DE FORTANET, LIBERTAD, 29

Precio, 2 pesetas


Span 6222.12.100
Realidades y novelas;
Widener Library
006659954
3 2044 080 227 309

